Y el mono se convirtió en hombre...

La crítica del "evolucionismo católico"

Y el mono se convirtió en hombre...

La crítica del "evolucionismo católico"

Raúl O. Leguizamón



Universidad Autónoma de Guadalajara
Guadalajara, Jalisco, México

Primera edición Nueva Hispanidad, Buenos Aires,
República de Argentina, 2001

Coordinación de edición y diseño de portada
Miguel Angel Limón Ornelas

Coordinador de producción
Eduardo Miranda Ortega

Corrección
María Félix Lozano Vidal
Ana Silvia Madrigal López

Diseño de interiores
Luis Antonio López García

Segunda edición
Febrero de 2006
folia universitaria
Universidad Autónoma de Guadalajara
Avenida Patria 1201
Colonia Lomas del Valle
Código Postal 45129
Guadalajara, Jalisco, México
Teléfono (01 33) 3648 8824 extensión 32654
folia@uag.mx
www.folia.uag.mx

Impreso en México
Printed in Mexico

Contenido

«Nuestra época tiene ídolos venerados: Moloch, Mammón, Príapo. Debemos agregar Belfagor, el demonio de la confusión mental»

Giovanni Papini

Introducción

No es el propósito de este opúsculo analizar la validez científica de la hipótesis evolucionista, tema que ha sido objeto de otras publicaciones.

Lo que nos proponemos en estas páginas es aportar elementos de juicio para ver si es posible –desde el punto de vista especulativo– armonizar la hipótesis evolucionista, con la Revelación Cristiana de la creación del hombre por parte de Dios. Pues un error profano –como creemos es el caso de la hipótesis darwinista– puede tranquilamente ser compatible con las verdades de la Revelación, en tanto no afecte el contenido de esta última.

Para ello aceptaremos –a los fines del argumento– que la hipótesis evolucionista es científicamente válida. Es decir, que puede explicar satisfactoriamente el origen de la vida a partir de la materia inanimada –por la sola acción de las propiedades inherentes a la misma– como así también el origen de todas las especies vegetales y animales –incluido el hombre– a partir de una o unas pocas formas vivientes originales, mediante cambios al azar en el código genético, sumados a la acción de la selección natural.

Obviamente. Si la hipótesis evolucionista no es científicamente válida –como creemos– el planteo no tiene sentido. No obstante, como numerosos autores aceptan el evolucionismo como un hecho establecido o una teoría demostrada, o al menos, como una hipótesis digna de consideración y dada la trascendencia del tema, entiendo que es pertinente entonces realizar este planteo.

Creo innecesario recordar al lector que esto no se trata de una mera cuestión académica, pues el «hecho» o «teoría» de la evolución –con sus inevitables consecuencias filosóficas– está incluida con carácter *obligatorio* en los planes de estudio a todos los niveles. Consulte el lector además cualquier libro de texto de Biología y allí verá que el tema es tratado en forma tal, que no le permite al alumno –ni tampoco al profesor– la menor posibilidad de tomar una *postura crítica* tan siquiera, frente al dogma darwinista.

El meollo de la cuestión

El problema capital en el conflicto entre el evolucionismo y el Cristianismo se plantea en relación al origen y la naturaleza del hombre. Como la hipótesis evolucionista, al igual que el Cristianismo, realizan afirmaciones muy concretas en este sentido, nuestro análisis se centrará en este punto.

Antes que nada, es imprescindible delinear las distintas posturas en relación a este tema, pues aquí reina una confusión de tales dimensiones, que no son muchos los que saben realmente de qué están hablando. Confusión creada por los propios autores evolucionistas, en parte por el merengue que tienen en el caletre y también, en buena medida, como una forma de *evitar la refutación*. Pues una hipótesis *vagamente definida*, no puede ser sometida al rigor de la contrastación experimental ni tampoco a la crítica del razonamiento lógico.

Esto es por cierto una herencia directa de Darwin, quien era un maestro en el arte de «zafar», mediante la ambigüedad en el uso de los términos y el argumento –absolutamente anticientífico– de apelar a la «no imposibilidad» de la ocurrencia de un fenómeno. Cuando la ciencia se basa, precisamente, no en establecer la *posibilidad* sino la *probabilidad* de un fenómeno.

Las distintas posturas

Por una parte están aquellos que sostienen enfáticamente que no existe, ni puede existir, el más mínimo conflicto entre ciencia y fe, y más precisamente entre el evolucionismo y el Cristianismo.

Estas tranquilizadoras afirmaciones aparecen en casi todos los libros de texto para escolares y son de tanto en tanto respaldadas por declaraciones de prominentes evolucionistas en el mismo sentido. Con lo cual muchos creyentes quedan con la impresión de que estamos en presencia de modernos escolásticos, de la más pura prosapia tomista.

Lo que estos autores olvidan decir, o lo dicen con la suficiente ambigüedad como para que pocos lo noten, son las *razones* por las cuales afirman lo que afirman. Pues la verdadera razón por la cual no puede ciertamente existir un verdadero conflicto entre ciencia y fe, es que *la Verdad no se puede contradecir a sí misma.* Que no es, desde luego, la razón por la cual muchos evolucionistas parecieran decir lo mismo.

La verdadera razón por la que estos autores afirman la inexistencia de un posible conflicto entre el evolucionismo y la religión, es que para ellos, la ciencia (o sea el evolucionismo) y la fe, están en *distintos planos*, y por consiguiente no pueden colisionar.

Pero esto es filfa, como decía el Padre Castellani. Ambos, ciencia y fe, están en el *plano de la Verdad.*

Difieren en sus métodos y en su objeto formal. Pero no en los «planos». Por eso que no sólo es posible sino eventualmente ineludible la colisión.

Lo que sucede es que para los autores que así se expresan, la ciencia es *conocimiento* y la fe es *sentimiento.* O, para decirlo de otra manera, la ciencia es *verdad* y la fe, *fantasía.*

La inmensa mayoría de los evolucionistas de relieve en el mundo sustentan esta postura.

Están también los que sostienen que no sólo no existe el más mínimo conflicto entre el evolucionismo y el Cristianismo, sino que la evolución sería el mismísimo plan salvífico de Dios (!), que no se llevaría a cabo merced a la inmolación del Hijo de Dios en la Cruz (como uno creía en los tiempos de la «prehistoria» de la fe), sino que, gracias a la evolución, el Dios «cósmico» nos va llevando a todos, creyentes y no creyentes, justos y atorrantes, a la consumación final del punto Omega teilhardiano –cosmogénesis y cristogénesis mediante– en donde el «hacia–arriba» cristiano se incorpora al «hacia–adelante» humano, en la plenitud del mundo tecnificado y socializado.

Si algún lector piensa que estoy exagerando o deformando los hechos, lo remito simplemente a la lectura de las obras de Teilhard de Chardin y sus seguidores.

Por razones obvias, no analizaremos estas dos posturas, ya que ellas no constituyen en realidad intentos de armonizar evolucionismo y Cristianismo, sino que representan en ambos casos, la aceptación lisa y llana de la visión naturalista, inmanentista y materialista del evolucionismo, aderezada en el segundo caso con palabrería pseudopiadosa y pseudocientífica.

Lo que trataremos de analizar aquí –como expresé más arriba– será la posibilidad de armonizar la hipótesis evolucionista, con la Revelación Cristiana de la creación del hombre por parte de Dios.

El mito de los dos evolucionismos

Hecha esta aclaración digamos que es casi de rigor escuchar en nuestros días, de parte de muchos creyentes y en especial en ámbitos eclesiales, que existirían dos tipos de evolucionismos: uno radical, materialista, «de izquierda», por así decir, que sería por cierto incompatible con la fe cristiana. Pero que afortunadamente existiría otro evolucionismo, «mitigado», o «moderado», que sería no sólo compatible con la fe cristiana sino, incluso, mucho más revelador de la magnificencia y sabiduría divinas, que esa postura «estrecha» llamada creacionismo, propia tan sólo de «protestantes fundamentalistas» y de católicos subdesarrollados intelectualmente («espíritus pusilánimes» los llama, con conmovedora caridad, Miguel Crusafont Pairó, un famoso evolucionista católico español).

Según estos tan intrépidos como ingenuos católicos evolucionistas, el evolucionismo moderado se distinguiría del radical, en tres aspectos:

1. El proceso evolutivo habría tenido un *fin* querido por Dios: la aparición del hombre.
2. Todos los seres humanos se habrían originado de *un solo par*.

3. Solamente el *cuerpo* del hombre habría sido producto de la evolución y no su alma, la cual sería creada inmediatamente por Dios.

Ante la objeción, claramente verificable en la literatura científica y de divulgación, de que no existe un solo evolucionista de renombre en el mundo que acepte –en serio y sin evasivas– estos tres puntos, se responde que lo que sucede es que estos autores están «usando» el evolucionismo para respaldar sus posturas filosóficas materialistas y ateas, pero que de ninguna manera esto tiene que ser necesariamente así. Que es posible un evolucionismo «mitigado». Todo es cuestión de «depurar» al evolucionismo de sus contaminaciones materialistas, que serían producto de circunstancias históricas y personales, pero de ninguna manera un elemento estructural de esta hipótesis.

Veamos entonces si es posible un evolucionismo mitigado, sin contaminaciones materialistas accidentales.

Antes de entrar en el análisis propiamente dicho de estos tres puntos, entiendo que es imprescindible, a los fines de la reflexión, que aceptemos que las hipótesis, modelos y teorías, existen independientemente de nosotros. Vale decir, de nuestros gustos, opiniones o deseos.

A lo que apunto con esto es a que, cuando hablamos de evolución o evolucionismo, estamos obligados intelectualmente a aceptar la formulación que de ella dio Darwin y dan hoy los más destacados propugnadores de dicha hipótesis.

En otras palabras: *no somos libres de inventarnos un evolucionismo a nuestro gusto y medida*, porque eso no contribuye a esclarecer el tema, sino a confundirlo en forma irremediable.

Crear un evolucionismo que no existe –a la medida de nuestros deseos– para luego «cristianizarlo», no es sino un ilegítimo recurso dialéctico, que lo único que hace es favorecer la aceptación del *único* evolucionismo que existe.

Porque no hay dos evolucionismos. Al menos en la realidad.

Cabe aclarar que si bien existen algunos científicos que aceptan la evolución en un sentido muy general como una *sucesión cronológica de niveles de organización* y alguna suerte de *conexión* más o menos *ideal* entre ellos, como es el caso de Lecomte du Noüy, Lucien Cuenot, Pierre Grassé y algunos otros, estos autores no son aceptados por el *establishment* evolucionista –cerradamente darwinista (o neodarwinista)– que responde a la escuela anglo–norteamericana, y que es la que lleva la voz cantante en el tema.

Cuando se habla de evolución o evolucionismo, nadie piensa en Lecomte du Noüy o en Pierre Grassé, por ejemplo. Y con toda razón, pues varios de los mejores argumentos contra el evolucionismo ¡provienen de estos autores!

Lo mismo vale para la gran escuela paleontológica alemana (Westenhöfer, Otto Schindewolf, Oscar Kuhn, etcétera) que también, aceptando una forma muy *sui generis* (goetheana) de evolución, formulan en sus obras numerosas e insalvables objeciones contra el evolucionismo darwinista.

No debemos olvidar que las palabras evolución y evolucionismo significaron –desde el principio– cosas muy distintas para los científicos de Europa continental, respecto de sus colegas del área angloparlante.

Y la escuela que se impuso –justamente a partir de la Segunda Guerra Mundial– fue precisamente la anglo–norteamericana, que hoy ejerce una verdadera tiranía en los medios académicos, a escala mundial, y que representa, sin lugar a dudas, la «ortodoxia» evolucionista.

Evolucionismo y finalidad

Como hemos visto, para el evolucionismo «mitigado», el proceso evolutivo habría tenido un fin querido por Dios: el hombre.

Esto significaría entonces que Dios habría dispuesto las leyes de la naturaleza de manera tal, que la materia inanimada pudiera producir una «bacteria», digamos, y que esta bacteria habría podido –a través de toda la variedad de seres intermedios– evolucionar hasta mono y finalmente hasta el hombre.

Vale decir, que la evolución habría sido el *método* del cual se valió Dios para crear al hombre, previo paso por el mono.

Pero si esto fue así, entonces Dios, al disponer las leyes de la naturaleza, tenía ya en su mente la idea del hombre. Objetivo final de la evolución. Porque lo que es último en la ejecución, es lo primero en la intención, ya que si el fin no está de alguna manera al principio, tampoco puede estar al final. Y el fin es lo que mueve al agente a actuar y la finalidad, lo que le da *dirección* al proceso.

Vale decir que la evolución habría sido *planificada o dirigida* para producir al hombre. Al menos el cuerpo del hombre.

¿Es esto bautizable?

Supongo que sí. Pero completamente *inaceptable* para el evolucionismo. Condenado incluso, explícitamente, por el «Syllabus» darwinista.

George Gaylord Simpson, profesor que fue de Paleontología de los Vertebrados en la Universidad de Harvard, y uno de los grandes líderes del evolucionismo contemporáneo, se encarga de esclarecer el punto a los evolucionistas confundidos, con estas palabras:

> «Quizá un finalista pudiera creer que la evolución tenía un único objetivo, tal como la obtención del hombre, y se detuvo una vez llegado al mismo. Pero de hecho, *la evolución no es finalista...* El hombre es el *resultado impensado de un proceso materialista carente de objetivos, no fue planeado.* Es un estado de la materia, una forma de vida, un tipo de animal... *El hombre no era, evidentemente, el objetivo de la evolución,* la que con certeza carece del mismo. *No podía estar planeado, en una operación totalmente desprovista de planes*» [1].

El recientemente fallecido Stephen Jay Gould, profesor de Biología, Geología e Historia de la Ciencia en Harvard, y uno de los más famosos evolucionistas actuales, expresa:

> «Muchos paleontólogos, yo incluido, consideramos al Homo Sapiens como un minúsculo e *impredecible* vástago del copiosamente ramificado árbol de la vida; un feliz *accidente* del último instante geológico, sumamente improbable de aparecer otra vez, si pudiéramos hacer crecer nuevamente el árbol de la semilla»[2].

1) George Gaylord Simpson, El sentido de la evolución, EUDEBA, 1977, ps 275, 297, 233.
2) Stephen Jay Gould, Natural history, Marzo 1993, p 20.

Jacques Monod, el brillante biólogo francés, dice por su parte que:

> «Sólo el azar está en el origen de toda novedad, de toda creación en la biosfera...
> El hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del Universo, de donde ha emergido por *azar*»[3].

Julián Huxley, a su vez, uno de los doctores máximos de la superstición darwinista en el siglo que pasó, sostiene que:

> «Darwin demostró que *no era necesario ningún planificador sobrenatural*; desde que la selección natural podía explicar cualquier forma de vida conocida, *no había espacio para ninguna acción sobrenatural en su evolución*»[4].

Ernst Mayr, el famoso taxonomista de la Universidad de Harvard –ya retirado– y también, una autoridad indiscutida en estos temas, expresa que:

> «Las causas naturales postuladas por los evolucionistas, separaron completamente a Dios de su Creación... El nuevo modelo explicativo reemplazó la *teleología planificada*, por el proceso *fortuito* de la selección natural. Esto requirió *un nuevo concepto de Dios* y una nueva base para la religión»[5].

3) Jacques Monod, El azar y la necesidad, Tusquets Editores, ps 125 y 190.
4) Julián Huxley, Issues in evolution (v III of Evolution after Darwin, Sol Tax ed, University of Chicago Press, 1960), p 41
5) Ernst Mayr, Science, v 176, Junio 2, 1972, p 988.

Como se ve, las citas son por demás elocuentes y me eximen de todo comentario.

Lo que sí quiero destacar, es que lo arriba expresado no constituye una interpretación «deformada» del darwinismo, producto del ateísmo de los autores citados. De ninguna manera. Esto es una interpretación acabadamente fiel del evolucionismo.

Bástenos simplemente recordar que uno de los postulados fundamentales del evolucionismo darwinista, es que los cambios o modificaciones que habrían brindado la materia prima para la evolución (las mutaciones), fueron *producto exclusivo del azar.* Y azar en sentido absoluto. (Azar esencial, lo llama Monod).

Sin azar, no hay evolucionismo. No, al menos como lo formulan los más destacados propugnadores de esta hipótesis, comenzando con el propio Darwin.

Algunos sostienen que si bien las modificaciones son al azar, la selección natural, actuando en una segunda etapa, filtraría ese azar, dando dirección al proceso.

Pero esto es un sofisma.

Además de que esta acción de «filtro», de ser cierta, sólo se aplicaría a la finalidad intrínseca o individual (adaptación), y no a la finalidad extrínseca o universal (la que está en juego aquí), además de esto digo, la selección natural sólo puede actuar sobre las modificaciones que le brinda el azar.

Y de la misma manera que cero, por cualquier otro número, sigue siendo cero, el azar –aun cuando actuase la selección natural– seguiría siendo azar, porque para dar dirección a un proceso hace falta *inteligencia.* Y la selección natural es –por definición– un *mecanismo ciego*, incapaz de dar dirección a nada. Incapaz de eliminar el azar.

Ahora bien, finalidad y azar son conceptos contradictorios y excluyentes.

Si hay azar, no hay finalidad. Desde este punto de vista –como vemos– no se puede «mitigar» al evolucionismo.

Por el contrario, *si hay finalidad, no hay azar*. Pero al no haber azar, entonces no hay evolucionismo para «mitigar».

Lo cual es, por cierto, una inevitabilidad filosófica. Porque el evolucionismo darwinista, también llamado transformismo, *niega la realidad de las especies*, pues –como expresa Gilson– decir que las especies son fijas, es una tautología, pero decir que las especies cambian (sustancialmente) equivale a decir que no existen.

Y esto es así, porque en el darwinismo hay una raíz filosófica sin la cual éste es inconcebible, a saber, la negación cartesiana y baconiana de la *«forma sustancial»* o «causa formal», que es lo que configura las especies. Y lógicamente, si no hay «causa formal», no puede haber especies.

Además, al no haber «forma sustancial», lo único que queda es la materia extensa, sólo susceptible de modificaciones puramente mecánicas. Como las mutaciones.

Pero si no hay «causa formal», la noción de *«causa final»* o finalidad o teleología, se hace filosóficamente ininteligible.

Sostener, dentro del contexto de la hipótesis darwinista, que la evolución habría tenido como fin la aparición del hombre, es sólo una expresión de deseos, que está en manifiesta contradicción no sólo con el testimonio prácticamente unánime de sus más famosos propugnadores, sino también con los fundamentos mismos de dicha hipótesis.

Cabe aclarar que la finalidad universal o extrínseca, no se puede demostrar científicamente, ya que es un postulado *filosófico*. Pero si no se puede demostrar, tampoco se puede negar. Al hacerlo, los evolucionistas evidencian, una vez más, el carácter esencialmente filosófico –y no científico– del evolucionismo.

Pero hay más aún.

Hemos visto que la negación de la «forma sustancial» lleva necesariamente a la negación de la «causa final». Y por consiguiente todo es producto del azar.

Pero aquí surge otro problema. Pues el fin, el *para qué*, no se puede separar del *cómo*. Donde no hay fin, el cómo mismo deja de existir, ya que el fin es lo que mueve –por vía intencional– al agente a actuar. De manera que si no hay fin, tampoco puede haber acción, con lo cual se hace ininteligible también la noción de *causa eficiente*, es decir de causalidad[6]. Y si no podemos establecer el principio de causalidad caemos otra vez en el azar como «explicación» de los fenómenos.

Por eso es que el evolucionismo «explica» todo.

Porque no está sujeto al rigor del principio de causalidad.

6) Etienne Gilson, De Aristóteles a Darwin, EUNSA, Pamplona, 1976, p 278.

Evolucionismo y monogenismo

Ante todo debemos distinguir entre *monofiletismo* (todos los seres humanos son miembros de una misma especie), y *monogenismo* (todos los seres humanos son descendientes de una sola pareja).

El monofiletismo es aceptado universalmente por todos los científicos, evolucionistas o no evolucionistas. No así el monogenismo que no es aceptado por los evolucionistas.

Y esto, nuevamente, no es el producto de una interpretación «materialista» o «atea» del evolucionismo.

Esto pertenece a la misma coherencia interna de la hipótesis.

De acuerdo al dogma darwinista, el hombre desciende del mono. Hecho éste que generalmente se enmascara mediante el uso del término «antecesor común» del mono y del hombre, que habría dado así origen a ambos. Lo cual, o es sólo un síntoma de la delicuescencia mental que el evolucionismo ha provocado en muchos cerebros o, en su defecto, un subterfugio dialéctico para engañar a los desprevenidos. En el contexto de la hipótesis darwinista, *el supuesto «antecesor común» no es ni puede ser otra cosa que un mono.*

De manera que lo de Dios creando al hombre del polvo de la Tierra, del relato del Génesis, nos dicen los muy científicos y

esclarecidos católicos evolucionistas, debe interpretarse en sentido metafórico, para expresar que el hombre se habría originado por un proceso de «hominización» a partir de una forma animal preexistente (el mono, claro). Una suerte de imagen antropomórfica, destinada a mentalidades primitivas que, según parece, no habrían podido entender –si este hubiera sido el caso– que Dios produjera hombres a partir de monos, y sí «entender», en cambio, que Dios formara al hombre del polvo de la Tierra.

Ahora bien, y en esto los evolucionistas son categóricos: no son los *individuos* los que evolucionan, sino las *poblaciones*. Vale decir, que en ningún momento *un* mono, o un mono y una mona, se habrían transformado en seres humanos, sino que manadas de monos (¿manadas se dice?) en distintas partes del mundo, habrían dado origen a seres humanos.

Y efectivamente, no podría haber sido de otra forma.

Si las fuerzas de la naturaleza transformaron alguna vez monos en hombres, eso habría obedecido entonces a la acción de las *leyes naturales*. Y los efectos de las leyes son siempre *universales*.

Es imposible, por consiguiente, que de todos los monos sometidos por igual a una supuesta ley o tendencia hominizante, sólo uno o dos, se hubiesen transformado en seres humanos. Esto sería un fenómeno particular. Y no hay leyes sobre lo particular. Las leyes –insisto– son siempre universales.

Si sólo *dos* monos (¡y justo macho y hembra! ¡y en el mismo momento! ¡y en el mismo sitio del planeta! Qué suerte...) se transformaron en seres humanos, este fenómeno habría sido entonces una flagrante *excepción* a las leyes naturales.

Esto, además de constituir un verdadero milagro, está en franca contradicción con el evolucionismo darwinista y su categórica insistencia en que todas las transformaciones de los seres vivos son producto de las mutaciones y la selección natural. E insisto. ¿Cómo puede ser que de todos los monos sometidos a los mismos

factores evolutivos ¡sólo dos! se hayan transformado en seres humanos? ¿Y los otros qué? ¿De espectadores?

Desde el punto de vista darwinista esto es –y con toda razón– completamente inaceptable.

Ahora bien. Esto destruye de raíz el *monogenismo*. Vale decir, el postulado –indiscutible para un católico– de que todos los seres humanos descendemos de una *primera pareja*. De un hombre y una mujer concretos, históricos, reales.

Ni qué hablar si nos metemos un poco más en profundidades y pretendemos conciliar el evolucionismo con el relato bíblico de la creación, primero de un hombre, y luego –a partir de una porción de su propio cuerpo– de una mujer (!) (Eva siempre ha sido un problema...).

Cualquier cosa que esto signifique, obviamente es imposible conciliarlo con ninguna forma de generación conocida en el mundo animal.

Pero si no hubo una primera pareja humana, ¿qué pasa con el *dogma* del pecado original?

El pecado original –como enseña el catecismo– es *uno* en su origen, es decir, cometido por un solo Adán y se transmite por *generación*, no por imitación. Es decir, no por copia, sino por descender genéticamente del primer hombre. A la manera de una enfermedad espiritual hereditaria.

Si no hubo una primera pareja humana –como pretende el darwinismo– se hace insostenible el dogma del pecado original. Al menos como lo ha enseñado la teología tradicional.

Por cierto que este problema es inmediatamente diluido –por aquellos que pretenden conciliar evolucionismo y cristianismo– con el argumento de que el relato del Génesis debe ser interpretado «simbólicamente»; que Adán y Eva es un término para designar «el conjunto de los primeros padres»; que el pecado original es simplemente el residuo de nuestras tendencias animales (¡qué poco saben estos genios sobre los

animales!); que la creación de Eva a partir de Adán significa *únicamente* la igualdad de los sexos, en fin, que todo es simbólico.

Hecho éste que al parecer no fue advertido por San Pablo (Romanos 5, 12), ni por el Concilio de Trento, que analizó exhaustivamente estos textos. Ni tampoco por Pío XII, quien en su celebérrima encíclica Humani Generis afirma que los relatos del Génesis pertenecen al género *histórico* verdadero y deben ser interpretados *literalmente*, a menos que su sentido repugne a la recta razón, reafirmando en este sentido lo definido por la Comisión Bíblica Pontificia en su dictamen de 1909 y también en la respuesta a la carta del cardenal Suhard de 1948[7].

Es más. En Humani Generis, Pío XII rechaza explícitamente la hipótesis de que «Adán» signifique «el conjunto de los primeros padres», es decir, el *poligenismo*[8].

De más está decir que algunos católicos evolucionistas sostienen, sin el más mínimo sobresalto, que el dogma del pecado original no está necesariamente ligado al monogenismo, y que se lo puede repensar a partir del poligenismo.

Así, el P. Luis Armendáriz, que es un teólogo español comentarista del Concilio Vaticano II y uno de los colaboradores en la obra «La Evolución», de la B.A.C. se pregunta si la vinculación entre monogenismo y pecado original:

> «¿es lo que de verdad enseñan esos dos textos bíblicos? (Gén. 2, 7 y Rom. 5, 12) o, más bien lo que en ellos leyó el Concilio Tridentino *rutinariamente*... arrastrados (los padres del Concilio) por un *hábito mental incontrolado*... y la *deficiencia de la exégesis* científica de aquella época... (Todo lo cual) nos obliga

7) H. Denzinger, 3897, 3898, 3512-3514, 3862-3864, Herder, Barcelona, 1999.
8) H. Denzinger, 3897, Herder, Barcelona, 1999.

> a constatar que no podemos hoy compartir la lectura *ingenua*... de esos pasajes que se dio en el Concilio». (De Trento).
>
> «...la lectura que el Concilio de Trento y la Humani Géneris hacen del Génesis y de Pablo (¿San? Pablo...), ¿*es suficientemente* religiosa, suficientemente *cristiana*?».[9]

Pareciera que no.

Afortunadamente –según este autor– el Concilio Vaticano II habría venido a remediar esta grave falencia, sugiriendo una nueva visión del tema, y así este pichón de teólogo nos informa que:

> «El hombre original no es Adán sino Cristo. El paraíso original no se dio al *comienzo* (?) sino que tendrá lugar cuando el Señor venga (!) El pecado original *habrá de ser*, ante todo, indigencia (?) de ese Cristo y de ese *futuro*, y rechazo de ellos»[9 bis]. (Énfasis y estupor, míos. R.O.L.)

Lo cual, si las palabras todavía significan algo, quiere decir lisa y llanamente que no tendríamos pecado original.

¡Y uno todavía haciendo bautizar a los críos!

Pero en fin, esto nos indica, una vez más, que evolucionismo y pecado original no se pueden conciliar.

De todas maneras, este es un tema que escapa a los límites de este trabajo, por ser patrimonio exclusivo de teólogos. Si desde el punto de vista teológico se puede compatibilizar el dogma del pecado original con el poligenismo, entonces se puede también –a nivel especulativo, claro– plantear la posibilidad de armonizar evolucionismo y Cristianismo en este punto. Si no se puede, la discusión queda cerrada. Definitivamente.

9 y 9 bis) Luis Armendáriz, S.I. La evolución, B.A.C., 1976, ps 978, 976, 982, 988.

No obstante, y sin ánimo de hacer «exégesis», sino realizando una lectura objetiva y sin prejuicios, «ingenua», por así decir, del libro del Génesis, es necesario hacer una extremada violencia al texto, para interpretar que en realidad lo que se nos está diciendo en este relato, es que los hombres se originaron en forma natural a partir de monos (!)

Esto, más que hacer una interpretación simbólica del Génesis, pareciera que equivale a sostener que lo allí expresado no tiene nada que ver con la realidad.

Para que exista un símbolo tiene que haber alguna semejanza o correspondencia –que el entendimiento percibe– entre una imagen y un concepto. Cosa que aquí no existe.

Si el libro del Génesis debe ser interpretado como lo proponen algunos católicos evolucionistas, entonces este libro no se trata ya de un conjunto de imágenes «antropomórficas» de la creación del hombre destinado a mentes «primitivas», sino lisa y llanamente de una fuente de información errónea.

Por otra parte, si las cosas sucedieron efectivamente así (los monos transformándose en hombres) ¿por qué el escritor sagrado no lo dijo? ¿O por qué no dijo simplemente que Dios creó al hombre? ¿Para qué entrar en tantos detalles? (la tierra, la costilla...). A menos que estos «detalles» signifiquen cosas reales, aunque incomprensibles en sí mismas.

Ahora, si aceptamos esta interpretación «simbólica» del relato de la creación del hombre del Génesis, que proponen ciertos católicos evolucionistas, sería interesante que nos informaran en qué parte del Génesis, termina el «simbolismo». Es más, en qué parte de la Sagrada Escritura.

Pues de más está decir que el Génesis no es de ninguna manera el único lugar donde se afirman estas cosas. No me refiero por cierto a la aseveración de que el hombre fue hecho del polvo de la tierra (de esto está llena toda la Sagrada Escritura), que por el momento le pido lector que la aceptemos como una metáfora

para decir que, en realidad, fue hecho a partir de una forma animal preexistente. No.

Me refiero a la afirmación concreta del *monogenismo*, es decir, a la existencia de un Adán histórico, y que se hace difícil ver cómo se podría interpretar simbólicamente, significando humanidad.

El libro de la Sabiduría habla de un *primer hombre* (7, 1) y reitera que este primer hombre *estaba solo* cuando fue creado (10, 1). Tim. I, 2, 13 dice que *primero* fue formado Adán y *después* Eva.

Cor. I, 15, 45–47, habla de un *primer* hombre, y Cor. I, 11, 8 y 12 dice que *la mujer procede del varón* y no el varón de la mujer.

Lucas 3, 38, *traza la genealogía de Jesucristo hasta Adán.* ¿Y qué sentido tiene una genealogía, sin un Padre común?

Hechos, 17, 26, dice que Dios hizo de *uno* todo el linaje humano, y finalmente, la carta magna del monogenismo: Romanos 5, 12.

¿Cómo se hace para interpretar todo eso «simbólicamente»?

Evolucionismo e hilemorfismo*

Es casi de rigor escuchar en muchos ámbitos católicos, afirmaciones muy sueltas de cuerpo en el sentido de que mientras se acepte la creación directa del alma humana por parte de Dios, no habría ninguna dificultad en admitir el origen evolutivo del cuerpo.

Pero sí que la hay. Y muy seria. Por cuanto este origen evolutivo del cuerpo humano, aceptado con tanta ligereza por algunos católicos y en especial por ciertos teólogos «tomistas», no sólo plantea problemas científicos insuperables (que no es el caso analizar aquí), al igual que la inevitable cuestión teológica del poligenismo, sino también problemas de orden propiamente filosófico, que se suponen no se le tendrían que escapar a un teólogo. Especialmente a un teólogo tomista.

Y el problema radica en el hecho de que *ningún ser viviente inferior puede producir por su propia virtud, el cuerpo humano*. Afirmar lo contrario sería lo mismo que negar la necesaria *proporción* que debe existir entre la *causa* y el *efecto*. Proporción que imposibilita

*Hilemorfismo: teoría creada por Aristóteles y seguida por la mayoría de los escolásticos, según la cual todo cuerpo está constituido por dos principios esenciales: la materia y la forma.

que un ser *rebase los límites de su propia causalidad*, produciendo efectos de un orden *superior* al de su *propia forma*[10].

Nadie puede dar lo que no tiene.

Un cuerpo animal sólo es capaz de albergar un alma animal (sensitiva). Un alma humana (intelectiva o racional) sólo puede estar presente en un cuerpo humano.

(Aclaro, por las dudas, que esto no es «religión» sino sólo metafísica).

El origen evolutivo del cuerpo humano sería aceptable únicamente en el caso de que la evolución fuese *finalista*. Pues en este caso *Dios estaría actuando en forma inmanente* –a través de las leyes naturales– y entonces se daría sí, la necesaria proporción entre causa y efecto. Pero es completamente inaceptable si la evolución no es finalista.

Y la evolución no lo es. No sólo por lo que hemos visto anteriormente, sino porque la finalidad que realmente existe en la naturaleza, no tiene absolutamente nada que ver con la evolución darwinista; esto es, con la *transformación* de unas especies en otras, sino con la *conservación* de las mismas en su configuración específica, es decir, en su forma sustancial.

Sostener que el cuerpo del hombre se habría originado a partir de una forma viviente inferior, por la sola acción de las fuerzas naturales, equivale a renunciar al principio de causalidad y a los principios del ser, que son los mismos que los de la recta razón.

Esto en cuanto a los problemas que el origen del cuerpo humano debería suscitar en un pensador católico.

Pero tengamos presente además que el evolucionismo pretende explicar el origen de *todo* el hombre.

No sólo de su corporeidad. No. La totalidad del mismo: soma y psiquis; cerebro y mente; cuerpo y alma.

10) Santiago Ramírez, O.P., Suma Teológica, B.A.C. Introducción a las cuestiones 90 y 92.

Julián Huxley, durante el gran Simposio mundial llevado a cabo en la Universidad de Chicago en 1959 para conmemorar el centenario de la aparición de «El origen de las especies», y en donde fue el orador principal, sostuvo entre otras cosas, lo siguiente:

> «*El cuerpo humano, la mente, el alma*, y todo lo que se ha producido... *es enteramente resultado de la evolución...*[11]. *No hubo un momento* súbito, durante la historia evolutiva, *en que el espíritu fue infundido en la vida*, de la misma manera que no hubo un momento particular en que fue infundido en usted»[12].

Es por ello que todos los autores evolucionistas –comenzando por Darwin– son unánimes en sostener que las diferencias entre la mente de un mono y la mente de un hombre, son sólo de *grado* y no de *naturaleza*.

A este respecto, Stephen Jay Gould, dice:

> «Estamos tan atados a nuestra herencia filosófica y religiosa que seguimos buscando algún criterio de división estricta entre nuestras capacidades y las del chimpancé... La única alternativa honrada es admitir la existencia de una *estricta continuidad cualitativa* entre nosotros y los chimpancés. ¿Y qué es lo que salimos perdiendo? Tan sólo un *anticuado* concepto del alma...»[13].

En la concepción evolucionista, el espíritu del hombre es también el producto emergente de las mutaciones y la Selección Natural. Vale decir, de la materia.

11) Ref. 4, p 253.
12) Ref. 4. p 45.
13) Stephen Jay Gould, Desde Darwin, Herman Blume ed Madrid, 1983, p 53.

Precisamente, éste fue el punto de conflicto –y de ruptura– entre Darwin y Wallace, el codescubridor de la teoría de la selección natural.

Este naturalista –que desde ya digamos era un pensador mucho más profundo que Darwin– después de observar el grado de desarrollo intelectual de varias tribus «primitivas», llegó a la conclusión de que, en lo que respecta a las facultades intelectuales, la hipótesis de la selección natural *no se cumplía*, pues la capacidad intelectual de dichas tribus, era *esencialmente idéntica* a la de los occidentales modernos.

Es decir, que las facultades intelectuales de los miembros de esas tribus primitivas, se habían desarrollado con *anticipación* a cualquier eventual aplicación o necesidad utilitaria de «supervivencia».

Esto era un golpe mortal para la teoría de la selección natural, y Wallace así lo entendió. Y por ello terminó sus días afirmando que este hecho indicaba la existencia de una *Inteligencia* suprema, que explicaría la naturaleza de la inteligencia humana.

No así Darwin, quien reaccionó bastante ásperamente, acusando a Wallace de haber caído en el «misticismo». Entendiendo por ello alguna suerte de reblandecimiento cerebral.

A propósito, esto pareciera haberle costado a Wallace, codescubridor junto con Darwin de la teoría de la selección natural, el haber sido sepultado en el olvido.

De todas maneras, algunos evolucionistas católicos, en un esfuerzo por salvaguardar la creación directa del alma humana por parte de Dios, y para evitar también el problema del poligenismo, optan por decir que Dios habría «tomado» un mono y le habría infundido un alma de hombre. Lo de «polvo de la tierra» recordemos, es simbólico, y debe ser entendido como una forma animal preexistente. (El mono, por cierto).

Un primer problema salta inmediatamente a la vista. Pues el Génesis dice que al serle infundida *el alma* (aliento de vida) a *la arcilla* (esto es, al «mono»), *«el hombre se transformó en un ser viviente»*.

Es decir que antes *no* era un ser viviente.

En cuyo caso el mono tendría que haber estado *muerto*...

Ahora, si «polvo de la tierra» en realidad significa mono, entonces, cuando la Sagrada Escritura dice unos versículos más adelante que después de la muerte nos convertiremos en polvo, no veo francamente la razón para no concluir que después de la muerte deberíamos convertirnos en alguna suerte de mono.

Lo cual, de ser cierto, plantearía no pocos problemas teológicos, filosóficos, científicos y funerarios.

Le ruego me disculpe, lector, la chanza, pero si en Génesis 2, 7 *«polvo»* significa *«mono»*, ¿cuál sería el fundamento racional para que en Génesis 4, 19 «polvo» no signifique también mono?

¿Qué seriedad intelectual y exegética hay en todo esto?

Pero dejemos de lado todas estas objeciones escandalosamente «literalistas» y aceptemos que Dios tomó un mono y le infundió un alma humana.

El problema es que por el *principio hilemórfico* de la necesaria proporción que debe existir entre *materia* y *forma*, no puede haber alma de hombre en cuerpo de mono (ni el mismo Dios podría hacer esto...).

Por consiguiente, si Dios tomó un mono para infundirle un alma de hombre, en ese mismo instante, previo quitarle el alma de mono, *tendría que haber transformado el cuerpo del mono en el cuerpo de un hombre*, para que hubiese así una *materia* (cuerpo) capaz de recibir su *forma* apropiada (alma), y producir de esta manera al hombre, en el cual están indisolublemente unidos el cuerpo y el alma, formando una sola unidad sustancial.

Pero si esto fue así, entonces la transformación del cuerpo de un mono en el cuerpo de un hombre, no se debió en absoluto a

las fuerzas de la naturaleza, sino a una *intervención especial* de Dios. De manera que la *causa eficiente* de esta transformación hay que referirla a Dios, y no a las mutaciones y la selección natural. Es decir, a la evolución.

Huelga destacar que desde el punto de vista evolucionista esto es, una vez más, *inaceptable*, ya que introducir a Dios en este esquema, no sólo es superfluo, sino también contradictorio.

Si la evolución es capaz de producir hombres a partir de monos –como afirma la hipótesis darwinista– la intervención especial de Dios obviamente está de más.

Si la intervención especial de Dios es necesaria, lo que está de más es la evolución.

Absolutamente ningún evolucionista de prestigio en el mundo toma en serio esta posibilidad de una intervención divina especial en el origen del cuerpo humano.

Pero fíjese lector, que si aceptamos esta intervención especial de Dios para transformar el cuerpo de un mono en el cuerpo de un hombre, no sólo está de más la evolución, sino que también –y como lógica consecuencia– *¡está de más el mono!*

Porque si Dios fue la causa eficiente de este cambio, entonces es exactamente lo mismo si la materia utilizada fue un mono, una culebra, un insecto, o un puñado de tierra.

Aunque pensándolo bien, no es exactamente lo mismo...

Lo más lógico es que haya sido «un puñado de tierra».

Desde ya que no voy a recurrir para analizar este punto al relato del Génesis, donde en forma inequívoca se afirma que el hombre fue formado a partir del polvo de la tierra, pues –según los evolucionistas católicos– interpretar «polvo de la tierra» donde dice «polvo de la tierra» es algo absolutamente inaceptable.

Ya sea porque interpretar de esta manera es hacer «literalismo», lo cual sería propio de «protestantes fundamentalistas» o, en su defecto, porque evidenciaría una ignorancia propia de brutos

medievales, cautivos de una concepción «estática» (?) del Universo, y no esclarecidos aún por la revelación darwinista.

Tampoco voy a citar a Santo Tomás, para no hacerlo quedar mal... , pues el Angélico Doctor, con ingenuidad e ignorancia (¡¡perdón!!) propiamente medievales, interpreta la formación de Adán literalmente a partir del polvo de la tierra, y la formación de Eva, también literalmente (¡horror!), a partir de una costilla de Adán.

No. Todo esto está «superado».

Para ser un católico a la altura de los tiempos, donde el Génesis dice «polvo de la tierra», hay que interpretar «mono», pues eso es lo que indica la «ciencia» (esto es, ¡la hipótesis darwinista!).

De manera que la única razón para introducir al mono en este contexto, sería de orden supuestamente «científico», basada en la aceptación incondicional del dogma darwinista.

Antes de la aparición de la hipótesis evolucionista, a nadie se le hubiera ocurrido semejante exégesis.

Como los católicos evolucionistas se ufanan de ser muy científicos y modernos, es pertinente que analicemos entonces cuán sólidos son los fundamentos especulativos para proponer, con tanta certeza, que el hombre se habría formado a partir de un mono y no del polvo de la tierra.

Y aclaro que intentaré hacer este análisis, siguiendo –hasta donde sea posible– varios de los postulados de la propia hipótesis evolucionista.

Los evolucionistas contra la evolución

La razón de por qué se insiste en el mono, como la forma animal a partir de la cual se habría formado el hombre, es porque se supone que de esta manera sería más fácil, más racional, más comprensible, esta transformación. Es decir que, de esta forma, se haría menos violencia a las leyes de la naturaleza, dada la mayor «proximidad biológica» entre el mono y el hombre. Proximidad basada en el parecido o semejanza –morfológica o molecular– entre el cuerpo de un mono y el de un hombre.

Pero esto es, nuevamente, un sofisma, que indica una superficialidad en el análisis y una ingenuidad en los argumentos, propios de un «medio pelo» científico formado en la lectura irreflexiva de obras de divulgación.

Y el error fundamental gira alrededor del concepto de *«proximidad biológica»*, que es sumamente equívoco y se presta a graves confusiones, en tanto deje de ser una *constatación empírica de semejanza*, para transformarse en un *fundamento especulativo de procedencia.*

En otras palabras: una cosa es la proximidad biológica estática –aparente– basada en una *comparación* y otra, muy distinta, es la proximidad biológica dinámica –real– resultante de una *derivación.*

Una constata un *parecido*, la otra indica un *parentesco*. Dos cosas perfectamente distintas.

Lo que importa aquí no es primordialmente la forma «semejante», sino la *generación* de la misma, ya que la forma semejante es, en muchísimos casos, el resultado de una misma *convergencia* y no de una misma *procedencia.*

Dejando aparte –a los fines de la especulación– las grandes diferencias que existen entre el cuerpo del hombre y el cuerpo de un mono, es cierto que uno y otro, efectivamente, se parecen. Esto es, se parecen como *ideas*. Y se diferencian también como ideas.

Y dos ideas diferentes son tanto más *contradictorias en la realidad*, cuanto más se *aproximan en la apariencia*. De la misma manera que una disonancia es tanto más estridente, cuanto más se aproxima a la nota básica.

Como dije, el cuerpo del hombre y el cuerpo de un mono se parecen. Pero, ¿quién está en realidad más cerca biológicamente de un hombre? ¿un mono –que se parece a un hombre– o un cigoto humano, que en nada se parece a un hombre?

Para hacer una analogía. Supongamos que usted vive en el décimo piso de un edificio de propiedad horizontal. ¿De quién está usted realmente más cerca, digamos como para darle la mano? ¿De su vecino también del décimo piso del *edificio del frente*, que esté –supongamos– a sólo 4 metros de distancia, o de su vecino de la planta baja de su *mismo* edificio? ¿De quién está más cerca?

Lo que quiero significar con esto, es que el mono, como cualquier otro ser viviente, posee un altísimo grado de diferenciación biológica («décimo piso»). Esto es, un altísimo grado de *especialización*. Toda su materia, desde su configuración externa, hasta la especificidad de sus moléculas constitutivas, está determinada por la forma sustancial «mono». De la misma manera que el hombre posee también una altísima diferenciación biológica, determinada por la forma sustancial «hombre».

Ahora bien. Es una ley biológica establecida, que ningún ser diferenciado (especializado) se puede transformar en otro ser diferenciado, *en forma directa.* De la misma manera que no se puede transformar un vaso de vidrio en una botella en forma directa. Primero hay que fundir el vidrio del vaso y luego hacer la botella. Es decir, primero hay que quitarle la forma «vaso» a la materia vidrio, y luego hacer la forma «botella».

En otras palabras, *hay que reducir el vaso a su materia prima, y luego darle la forma botella.* Pues una forma sustancial es metafísicamente *incompatible* con otra forma sustancial de su mismo nivel ontológico. Y la forma es lo que diferencia y da propiamente el ser*.

Algo muy semejante ocurre con los seres vivos.

Es por eso que –desde el punto especulativo– sería mucho más lógico (y científico), concebir la formación del cuerpo de un hombre a partir de los elementos químicos que lo constituyen, que a partir del cuerpo de un animal preexistente. Porque si no, sería un doble trabajo: reducir primero el animal a sus elementos constitutivos, y luego formar al hombre.

Y es un hecho científico universalmente aceptado –a partir de Maupertuis– que todos los fenómenos en la naturaleza se realizan de manera tal, que el tiempo y la energía involucrados son siempre el mínimo.

Una de las generalizaciones más fundamentales de toda la ciencia, y que se conoce con el nombre de «principio de mínima

*Si usted quiere un ejemplo más «científico» y biológico lector, recuerde simplemente el caso de la metaplasia epitelial, definida en su momento como el reemplazo de un epitelio maduro por otro también maduro. El problema es que se pensaba que esto ocurría en forma *directa.* Hoy sabemos que efectivamente hay un reemplazo de un epitelio maduro por otro igualmente maduro, pero en forma *indirecta,* esto es, no se trata de que las células maduras se transformen directamente en otras también maduras, sino que nuevas células germinales indiferenciadas se diferencian hacia otro tipo de epitelio.

acción» . Y si Dios, autor de la naturaleza, creó este principio, no sería ilógico pensar que actuara de acuerdo con él.

De manera que los evolucionistas creyentes, en su afán –loable por cierto– de preservar la ciencia de toda contaminación teológica superflua, es decir de evitar postular innecesariamente una intervención especial de Dios para formar el cuerpo del hombre, parecieran no darse cuenta de que de la forma que ellos lo proponen están, en realidad, postulando *dos* intervenciones especiales, o si usted prefiere, una intervención doble: desespecializar («desmonizar») al mono, y luego formar al hombre. Es decir, un doble milagro. Y para colmo un milagro extraño; «antinatural» o «contranatural», por así decir, en lugar de sobrenatural.

En otras palabras: *se haría mucho más violencia al orden natural, transformando un mono en un hombre, que formando a este último directamente a partir de la materia inanimada.*

Y ya que estamos especulando...

No hace falta que le diga lector, que no estoy tratando de racionalizar la creación del hombre, que es y será siempre un *misterio*, inaccesible al conocimiento científico. Sólo estoy tratando de racionalizar la *especulación* acerca de ella.

Si cualquier cacatúa evolucionista se permite especulaciones que prácticamente equivalen a sostener que Dios tendría que haber actuado de acuerdo a la hipótesis darwinista (!), creo tener el derecho, como buen ciudadano antropomórfico, a especular yo también.

Aunque más no sea por diversión...

Este argumento sobre la dificultad que plantea la especialización, para la transformación de un organismo en otro, esencialmente distinto, no es ningún secreto de iniciados, lector, ni tampoco una suerte de descubrimiento sensacional digno de un Cuvier. No. Esto es moneda corriente en Biología.

De hecho, los autores evolucionistas –aunque a regañadientes– son conscientes de esto y de ahí su insistencia en que el hombre se habría originado a partir de un *mono no especializado.*

¡Este sería el famoso «antecesor común»!

El problema es que un mono, como cualquier otro animal (o vegetal) no especializado *¡no puede sobrevivir!* Su supervivencia

depende precisamente de su especialización. Esto es, de su *adaptación*. Los seres inadaptados son –por definición– eliminados por la selección natural.*

Es por ello que no existe ningún animal, o vegetal –viviente o fósil– no especializado.

En toda la infinita variedad de organismos que conforman la biosfera, sólo existe *un* ser viviente relativamente no especializado: el *Homo Sapiens*. Precisamente porque su supervivencia no depende –como en los demás seres vivos– de la posesión de un cuerpo especializado, sino de su *inteligencia*. Y de sus *manos*, que al ser no especializadas, son capaces de procurarle infinitos instrumentos que aseguren su supervivencia.

Es por ello que ha habido y hay destacados antropólogos y primatólogos, que sostienen que sería mucho más lógico *concebir* la derivación de la forma «mono» a partir de la forma «hombre», que a la inversa. Porque de una forma generalizada se puede obtener una especializada. Pero a la inversa es imposible.

Y es imposible porque *«la evolución es irreversible»*[14] y produce una serie de *«callejones sin salida»*[15], nos recuerda nada menos que Julián Huxley. Y Simpson, a su vez, concuerda en que... *«la especialización está en relación inversa con la posibilidad de un mejoramiento ulterior»... «y tiende a disminuir la posibilidad de cambios en cualquier otra dirección»*[16].

*No todos, claro. Algunos quedamos... para escribir libros contra la evolución.

14) Julián Huxley, Evolution and Genetics, Simon and Schuster, 1955, p 272.
15) Julián Huxley, La evolución. Síntesis moderna, Losada, 1965, p 544.
16) George Gaylord Simpson, El sentido de la evolución, EUDEBA, 1977, p 182.

Bermudo Meléndez por su parte, el conocido paleontólogo español, expresa que:

> «La especialización es un *callejón sin salida*; un camino que, una vez emprendido, *no es posible retroceder* y, en consecuencia, *sólo puede terminar en la extinción del grupo biológico*»[17].

De manera que los evolucionistas están equivocados, y esto en base a sus mismos presupuestos, no sólo en postular una derivación o parentesco entre el mono y el hombre, sino también en el *sentido* de este supuesto parentesco. Ya que de ser el mono pariente del hombre, sería mucho más lógico postular que es nuestro *descendiente* y no nuestro *antecesor*.

Es innecesario que le aclare lector, que no estoy diciendo que el mono descienda del hombre.

Simplemente estoy tratando de demostrar que aun aceptando parte de los argumentos darwinistas, la hipótesis de la evolución termina fatalmente en la contradicción. Por eso dije que era más lógica (la derivación del mono a partir del hombre). No que fuera real.

Pero reitero: no existen «formas generalizadas» en sentido estricto. (Este es uno de los tantos mitos evolucionistas).

Por ello, llevando este razonamiento hasta sus últimas consecuencias, entiendo que es mucho más lógico –especulativamente hablando– concebir la formación del cuerpo del hombre a partir de los elementos químicos que lo constituyen, que a partir de cualquier forma animal preexistente, que por estar ya *diferenciada* –por estar en «un callejón sin salida»– sólo puede diferenciarse aún más *en la misma línea* (diversificarse) o *desaparecer*.

En otras palabras, es mucho más lógico concebir la formación del cuerpo del hombre a partir de la *materia inanimada*, que a partir de cualquier forma animal preexistente.

17) Bermudo Meléndez, La evolución, B.A.C., 1976, p 265.

Si a algún lector pudiera parecerle «poco científica» esta conjetura, de que el hombre hubiera podido originarse a partir de la materia inanimada, me permito recordarle que *la hipótesis evolucionista postula esencialmente lo mismo.*

Como hemos visto al principio del opúsculo, la evolución habría partido de la *materia inanimada*, para producir una «bacteria» y luego mutaciones y selección natural mediante todos los seres vivos, incluido el hombre.

De manera que tanto el creacionismo como el evolucionismo sostienen que el hombre se habría originado, en última instancia, a partir de la materia no viviente.

Por cierto que el evolucionismo postula que ello habría ocurrido en *millones de años*, y a través de una larga serie de *organismos intermedios.*

Pero atención que, una vez más, aquí hay dos conceptos muy importantes que clarificar: el concepto del *tiempo* y el de los *organismos intermedios.*

El sofisma del tiempo

Respecto del tiempo, digamos en primer término que nadie sabe en realidad qué es. Vale decir, cuál sea su naturaleza. Si se trata de algo absoluto o relativo. Después de la teoría de la Relatividad su condición de ente absoluto parece por lo menos opinable.

Pero más allá de estas disquisiciones, me parece importante destacar que el nudo del problema no pasa por el tiempo, sino por otro tipo de cuestiones que hacen a lo propiamente biológico, como el problema de la *especialización* que vimos más arriba.

Para hacer una simple analogía que nos ayude a visualizar el hilo de la argumentación, tengamos presente que el hombre necesita tiempo para hacer una obra precisamente porque por nuestra materialidad estamos sujetos a las leyes del tiempo (y del espacio). Pero es un hecho de nuestra experiencia cotidiana, que cuanto más hábil es un artesano, por ejemplo, menor es el tiempo que necesita para realizar su obra. De manera que *cuanto mayor es la inteligencia involucrada en la realización de un proceso, menor será el tiempo necesario para su compleción.*

Y una inteligencia infinita –como se supone que debe ser la de Dios– ¿cuánto «tiempo» necesitaría para hacer un hombre a partir de sus elementos constitutivos?

Y además, ¿qué sentido tiene hablar de «tiempo» en referencia a un Dios que está fuera del mismo?

Pero insisto. El tiempo no es la cuestión fundamental. Lo fundamental es la *dirección* del proceso.

Que un fenómeno incomprensible nos parezca menos incomprensible si se desarrolla lentamente, es sólo una ilusión, producto de la estructura de nuestra mente.

Suponga lector que viésemos a un hombre elevarse lentamente hasta llegar al décimo piso de un edificio, ¿nos parecería acaso menos milagroso y más «científico» que verlo saltar de pronto hasta dicha altura? En ambos casos el fenómeno iría en *contra de la ley* de la gravedad. Rápida o lentamente, no tiene ninguna importancia.

Esto en cuanto al tiempo.

La falacia de los organismos intermedios

Pero veamos ahora la cuestión de los *organismos intermedios*.

Si por este término entendemos el conjunto de los seres vivientes –o fósiles– que van desde las bacterias hasta el hombre, es decir las distintas especies conocidas, esto no hace más plausible la aparición del hombre. Mejor dicho, la hacen imposible. De la misma manera que una serie de *«callejones sin salida»* le hacen a usted imposible llegar a su destino.

Tengamos presente que la famosa Scala Naturae, o Gran Escalera del Ser, de Platón, Aristóteles y Santo Tomás, es una gradación *ontológica* y no *genealógica* (ni siquiera cronológica). Es una *jerarquía* no una *genealogía*. Es decir, es un ordenamiento *ideal* y no *«filial»*. En el sentido de que unos *desciendan* de los otros. Son una serie de «callejones sin salida» sin las varas laterales que los conecten.

Ahora, ¿de qué le sirven a usted los travesaños de una escalera de mano sin las varas laterales que los conecten? ¿Podría usted llegar a un «décimo piso» a través de una escalera *ideal*?

En el reino de la fantasía (y de la hipótesis darwinista), tal vez. En la realidad, no.

Ahora, si por «organismos intermedios» entendemos los seres que conectarían las distintas especies entre sí –que es lo que los

autores evolucionistas significan con este término– esto tampoco resuelve el problema, por la muy sencilla razón de que estos seres «intermedios» simplemente *jamás han existido*. Son sólo *entes imaginarios* postulados por la hipótesis evolucionista, pero no realidades biológicas. Seres abstractos, no sólo *jamás encontrados*, sino además, *imposibles de concebir*.

Esto, que ya había sido demostrado desde el punto de vista paleontológico, por la *ausencia de fósiles intermedios*, se confirma ahora con los estudios basados en la comparación de las secuencias de aminoácidos de las proteínas de distintas especies.

Desde el punto de vista de la biología molecular comparada, tampoco existen organismos «intermedios».

Es por ello que algunos científicos, que son evolucionistas –pero que a pesar de ello han conservado su sentido crítico y que están al tanto de los últimos descubrimientos en el campo de la biología molecular– han comenzado a postular el origen *polifilético* de las especies. Es decir, nada de «bacteria primitiva», de la cual se habrían derivado las distintas especies (la postura darwinista). Nada de «árbol genealógico común», sino simplemente árboles. Uno para cada especie o grupo básico[18, 19].

Y estos autores postulan el origen polifilético de las especies (que es la lápida definitiva sobre la tumba del darwinismo), no porque sean «ignorantes», «estúpidos», «locos», «fanáticos religiosos» o «malvados» –como según los evolucionistas (partidarios acérrimos ellos del respeto y la amplitud de criterio...) son todos aquellos que se atreven a cuestionar el dogma darwinista– sino porque no hay otra manera racional de explicar los hallazgos fósiles y moleculares.

18) Christian Schwabe and Gregory Warr, Perspectives in biology and Medicine 27 (3), Spring 1984, pp 465-485.

19) Christian Schwabe, Trends in biochemical sciences, Julio de 1986, p 280.

Ahora bien, decir polifiletismo significa, hablando claro, que *las especies se originaron cada una por separado*, esto es, independientemente unas de otras. Y si esto fue así, entonces no hay otra salida que postular que se originaron a partir de la materialidad preexistente del cosmos. Es decir, de la materia no viviente.

¿Se da cuenta lector? Tanto lío, para llegar otra vez al «polvo de la tierra», esto es, a la materia inanimada.

El problema está en que la materia inanimada –por sí misma– no puede originar ninguna especie. Ni siquiera una «bacteria». ¡Qué digo bacteria! ¡Ni siquiera una molécula de proteína!

No puede en absoluto.

Y no puede, porque todos los seres vivos, desde una «simple» bacteria, hasta un Homo Sapiens, se caracterizan por una organización de fantástica complejidad, que no sólo no está presente (ni en esbozo) en la materia no viviente, sino que está positivamente excluida de aparecer, en términos absolutos, a partir de las leyes que rigen la misma. Leyes que hacen que la materia inanimada tienda inexorablemente hacia el desorden y la degradación.

¿Y entonces?

En la visión cristiana de la cuestión, esto no plantea problemas especulativos, porque Dios puede ciertamente formar el cuerpo de un hombre –al igual que el de las demás especies o grupos básicos– en forma directa a partir del «polvo de la tierra», es decir a partir de la materia inanimada. (En el supuesto, claro, de que esto no esté también «superado»).

¿Quiere decir entonces que Dios habría formado *directamente* al hombre, a partir del polvo de la tierra, en forma *instantánea*?

No lo sé. Yo no estaba ahí en ese momento.

Los evolucionistas tampoco, valga la aclaración.

Pero si un simple hombre puede –gracias a su inteligencia– actuar sobre la materia inanimada y organizarla para producir

una proteína, digamos, ¿cuál sería la dificultad para aceptar que una Inteligencia infinita actuando sobre la materia no viviente, la organizara para producir un hombre?

Hablo de dificultad *especulativa*, no de dificultad *imaginativa*, o –si usted prefiere– de dificultad lógica y no psicológica. Esto es, de la dificultad para aceptar la racionalidad de un fenómeno y no de la dificultad para visualizar o «comprender» cómo habría ocurrido ese fenómeno.

Porque si es por eso, tampoco «comprehendemos» cómo es que se forma un bebé a partir de un cigoto humano.

La Embriología describe los sucesivos estadios de este desarrollo, pero no puede en absoluto dar la explicación del «cómo» ni del «por qué».

(No se aflija demasiado lector. Tampoco sabe nadie realmente lo que es un electrón, la fuerza de gravedad, el magnetismo, por qué late el corazón, ni por qué florecen los árboles en primavera).

Sabemos que este maravilloso y misterioso proceso de la *morfogénesis* del embrión, es decir, de la generación de la forma a partir de la materia informe, ocurre en última instancia gracias a la *información* inscripta en el código genético del cigoto. Más allá de que no comprendamos cómo se realiza este proceso.

Ahora bien, una información es un mensaje, y como tal, producto de una *inteligencia*.

De manera que el mensaje *inteligente* (valga la redundancia) inscripto en el código genético, es el responsable de que el protoplasma del cigoto (la base material de la vida) se organice hasta producir toda la complejidad de la estructura del cuerpo de un recién nacido. Complejidad de la cual no hay ni rastros en el cigoto. En el sentido de que estas estructuras no están en absoluto en el cigoto, en estado de esbozo, digamos.

En otras palabras: la estructura del protoplasma del cigoto no tiene absolutamente nada que ver con la estructura del organismo a término.

En resumidas cuentas: el mensaje inscripto en el código genético, es el responsable de la formación del cuerpo humano, a partir de un protoplasma que no tiene en absoluto forma de hombre, que es «informe» (en este sentido)*, mediante la incorporación de materia adicional, a través de la madre y a partir del medio ambiente (también informe), como son las moléculas sencillas de las sustancias nutritivas del embrión, que son a su vez organizadas por la información del código genético.

(Digamos de paso que la formación de un bebé es algo tan absolutamente maravilloso, que si no caemos de rodillas frente a cada nacimiento, es simplemente porque lo vemos todos los días).

Pues bien. Si una inteligencia inmanente al cigoto (el mensaje genético) es capaz de producir un cuerpo humano a partir de un protoplasma indiferenciado, la única *inferencia lógica*, es que una inteligencia debió también actuar sobre la materia indiferenciada para producir el cuerpo del primer hombre.

Y hago hincapié en estas cuestiones, pues el problema del origen del hombre –dada su naturaleza– no puede ser abordado a través del método científico, que supone la *observación* y *reproducción experimental* de los fenómenos.

En esta cuestión, nuestro conocimiento sólo puede ser de naturaleza *especulativa*, y esto de dos modos:

1) *directo o negativo*: demostrando que, de acuerdo a las leyes científicas, el hombre no pudo haberse formado a partir de una forma viviente inferior. (Este conocimiento es demostrable y cierto).
2) *indirecto o analógico*: mostrando cómo se forma un ser humano en la actualidad y a través de una relación de semejanza, inferir cómo habría sido posible la formación del primer hombre. (Este conocimiento es sólo conjetural).

*Vale la pena recordar que no existe materia *absolutamente* informe, filosóficamente hablando.

Ahora bien. Fíjese lector que la formación del bebé, para seguir con el ejemplo, no pasa por distintos estadios de organización, en el sentido de que primero sería como una «ameba», luego como un «pez», luego como un «anfibio», luego como un «mono», para producir finalmente un ser humano, sino que la forma «hombre» se va configurando *directamente* a partir del cigoto indiferenciado.

Hago esta aclaración, porque allá por 1866 Ernst Haeckel, el jefe del darwinismo en Alemania, propuso justamente esta genialidad: que el ser humano, primero era como una ameba, luego como un pez, luego como un anfibio, etcétera, hasta llegar a la forma hombre.

Es decir, que *la ontogenia recapitulaba la filogenia* (el origen del individuo, recapitulaba el origen de las especies): la llamada «ley biogenética fundamental» (!) que fue aclamada por Darwin como una de las evidencias más importantes de su hipótesis, y aceptada fervorosamente por todos los darwinistas.

Este disparate, refutado ya por Walter Garstang en 1922, fue definitivamente sepultado por los propios darwinistas a partir de la década del 50, gracias sobre todo a los trabajos de Sir Gavin de Beer, uno de los embriólogos más eminentes del siglo.

Ahora, Haeckel no era un imbécil (quiero decir, no de nacimiento). Era simplemente un darwinista coherente. (Por algo decía Bernard Shaw que el darwinismo tiene una capacidad asombrosa para reducir a sus seguidores a la más completa idiotez).

Lo único que hizo fue aplicar la filogenia (según la ortodoxia darwinista) a la ontogenia. Y claro. Al partir de un absurdo, terminó fatalmente en otro. Con la diferencia de que este absurdo –el de la ontogenia– se puede observar y por ende refutar científicamente, porque gracias a la Embriología –ciencia verdadera– podemos analizar en forma directa (esto es, aplicando el método científico) el origen de un ser humano a partir de un

cigoto, cosa que no podemos hacer con el origen del primer ser humano.

Por ello es que los darwinistas actuales no aceptan ya la teoría de la recapitulación, pero continúan aceptando la hipótesis darwinista que le dio origen.

Dije los evolucionistas actuales pero, valga la redundancia, esto sólo se aplica a los evolucionistas actuales que están *actualizados*. Porque en muchos colegios y universidades, todavía se sigue enseñando «la teoría de la recapitulación», con el mismo fervor, la misma ingenuidad y la misma descomunal ignorancia, que en Europa a fines del siglo XIX.

De manera que si el cuerpo de un hombre se forma *directamente* a partir de un cigoto indiferenciado, una vez más, la única inferencia racional es que con el cuerpo de Adán habría pasado lo mismo, a partir de la materia inanimada.

Además, dado que no existía una matriz para albergarlo, el hombre tendría que haber sido formado de manera *instantánea* y como no tenía padres para cuidarlo, tendría que haber sido formado en estado *adulto*, para que pudiera sobrevivir.

Si algún lector objetara que esto es absurdo, debo simplemente decir que no lo es.

Absurdo es algo contrario a la razón. Y la creación directa e instantánea del hombre a partir del polvo de la tierra no es un absurdo. Es sólo algo incomprensible, vale decir, un misterio.

Pero, ¿acaso no se están formando ya embriones humanos sin necesidad de matriz?

Y usted cree lector que la ciencia tiene, acaso, la más remota idea de por qué un embarazo humano dura nueve meses? Por lo que sabemos podría durar veinte o tres.

Insisto. La dificultad no es de orden *lógico* sino *psicológico*.

Como dije, la formación de un ser humano a partir de la materia inanimada, no plantea problemas especulativos desde una óptica cristiana.

El problema es para la hipótesis evolucionista, que no acepta –no puede aceptar– la intervención especial de Dios en ninguna etapa de la evolución, si quiere conservar un mínimo de coherencia.

Los evolucionistas creyentes, es decir aquellos que sostienen que Dios sólo puede actuar a través de las causas segundas y por consiguiente pretenden que la evolución habría sido el *método* del cual se valió Dios para realizar la Creación, optan por decir que Dios habría «programado», el sistema de manera tal, que no serían necesarias intervenciones especiales ulteriores.

Es decir que las leyes físico-químicas –que rigen la materia inanimada– habrían podido *originar una célula*, y las leyes biológicas –que rigen a los seres vivos– la habrían *transformado* –a través de una larga serie de organismos intermedios– en un hombre.

Esto, además de estar en contradicción con la hipótesis evolucionista –por lo que hemos visto– lo está también con lo mejor del conocimiento científico que hoy poseemos: la ley de la *entropía* y la teoría del *código genético*. Las cuales explican por qué las leyes de la materia inanimada *no* conducen a la vida (sino a la muerte), de la misma manera que las leyes biológicas que rigen a los seres vivos, no tienden a transformarlos, sino justamente a impedir su transformación, esto es, a *conservarlos* en su configuración específica.

Es por ello que, de acuerdo a los evolucionistas consecuentes, la vida no es producto de ninguna «ley biogenética», sino producto del azar, de la misma manera que el hombre es un producto del azar.

Como dice Monod:

> «... *sólo el azar* está en el origen de toda novedad, de toda creación en la biosfera...
> *El Universo no estaba preñado de vida, ni la biosfera del hombre*. Nuestro número salió en el juego de Montecarlo»[20].

20) Ref. 3, ps 125 y 157.

Y en esto, una vez más, los evolucionistas en serio tienen razón.

Pues, efectivamente, no existe ninguna «ley biogenética», «antropogenética», o lo que usted quiera.

De manera que si no se acepta la intervención especial de Dios en el origen de cada una de las novedades biológicas, no queda otra que postular que éstas fueron producto del azar.

Los evolucionistas en serio están equivocados, pero al menos en este punto son coherentes. Los evolucionistas cristianos no sólo están también equivocados, sino que además son incoherentes.

Sólo la inteligencia puede organizar la materia en todos sus niveles.

Sostener –como lo hace la hipótesis evolucionista– que la materia puede organizarse por sí misma, es un disparate científico y un absurdo filosófico.

Y aquí está la contradicción absoluta, total, irreductible, entre el evolucionismo, y cualquier visión –no ya específicamente cristiana, sino simplemente finalista o trascendente– respecto del origen de la vida en general, y del origen el hombre en particular: sostener que la materia puede organizarse por sí misma. Aquí está el meollo de la cuestión.

Comprendo que los evolucionistas en serio sostengan este disparate, porque no les queda otra. Ya sea porque niegan la existencia de Dios, o porque niegan que Dios pueda intervenir en Su creación.

A quienes no puedo comprender es a los evolucionistas cristianos, que sostienen que la evolución habría sido el método del cual se valió Dios para realizar la creación.

Tampoco los comprenden los evolucionistas en serio, aclaro.

Esta es una vieja historia, lector. Ya en su tiempo, Thomas Huxley (el *bulldog* de Darwin) se enfurecía, no contra los cristianos que no aceptaban la hipótesis de la evolución y seguían tranquilamente creyendo en el Génesis, sino precisamente contra

los que pretendían *conciliar* la hipótesis evolucionista con el Cristianismo.

De ahí su feroz ataque contra George Mivart, un católico evolucionista que sostenía, justamente, que la evolución habría producido el *cuerpo* del hombre, en tanto que su alma habría sido una creación especial de Dios. (Como se ve, los católicos evolucionistas actuales no han inventado la pólvora, como ingenua y orondamente suponen).

Pues bien. Huxley, citando –¡en latín!– una cantidad de textos de renombrados teólogos católicos, lo hizo pedazos a Mivart, ¡en nombre de la ortodoxia católica! («librepensadores» eran los de antes).

Es sabido que Huxley era un polemista formidable, pero leal. Si atacó por la «izquierda», fue simplemente para demostrarle a Mivart, que éste no sabía ni siquiera lo que era el catolicismo. Mucho menos lo que era el evolucionismo.

¡Ay!, cuántos Huxley necesitaríamos hoy...

Además de un polemista formidable, Thomas Huxley (el abuelo de Julián), era también un hombre de una gran honestidad moral e intelectual. Y por eso no confundía la «verdad» científica, con la lógica o la racionalidad de una creencia. Por ello él, que fue el campeón del darwinismo en Inglaterra; él, que fue el arquetipo del científico moderno; él, que acuñó precisamente el término «agnóstico» para definir su postura respecto de Dios, él, también, escribió estas palabras:

> «La *Creación*, en el sentido corriente de la palabra, es perfectamente *concebible*. No encuentro *dificultad alguna* en concebir que, en algún momento, el universo no existía, y que apareció en seis días (o instantáneamente, si es por eso), como consecuencia de la voluntad de un Ser preexistente. Los así llamados argumentos *a priori* contra el Teísmo y, *concedida una Deidad*, contra

> la posibilidad de actos creativos, me parecen *totalmente desprovistos de fundamentos racionales*»[21].

Ahora, si Huxley pensaba así, ¿cómo puede ser que numerosos intelectuales católicos –teólogos incluidos– hagan toda suerte de mangas y capirotes con las Sagradas Escrituras, la teología católica y los principios de la recta razón, para «armonizar» evolucionismo y Cristianismo, y que consideren a los creacionistas poco menos que retrasados mentales?

Como dije, «librepensadores» eran los de antes...

Hay otros aspectos de la hipótesis evolucionista que, entiendo, deberían ser tenidos en cuenta.

21) Thomas Henry Huxley, Life and letters of Thomas Henry Huxley, Macmillan, London, 1903, t II, p. 429, citado por Henry Morris, The troubled waters of evolution, C.L.P. Publishers, San Diego, California, 1980, p 105.

La cuestión del superhombre y el problema de la redención

Como habíamos visto, postular el origen del cuerpo humano a través de una evolución no finalista, equivale a renunciar al principio de causalidad y a los principios del ser.

Pero además, ¿cómo compatibilizar los principios del *ser*, con la visión evolucionista de *un devenir sin término?*

Porque –según el evolucionismo– «no podemos ya considerar ninguna parte del mundo vivo como *inmutable... todo es flujo y proceso»*. Y atención que estas palabras no son de ningún marginal de la hipótesis evolucionista, sino de nada menos que de Conrad Waddington, genetista de la Universidad de Edimburgo, y uno de los grandes teóricos del evolucionismo en este siglo[22].

Y recordemos también que *la evolución sigue actuando*[23]. De manera que lo que hoy llamamos hombre, por ejemplo, no es algo con existencia definitiva, sino sólo un *momento* de la evolución. ¿Y mañana qué será? ¿El superhombre quizá?

Lo mismo vale para atrás.

---

22) C. H. Waddington, Un siglo después de Darwin, S.A. Barnett, Alianza Editorial, 1982, t I, p 20.

23) Ref. 16, p 274.

¿Cuándo comenzó el mono a ser hombre? Imposible determinarlo en el contexto de la hipótesis darwinista. Precisamente porque todo es flujo y proceso.

Darwin mismo escribió:

> «En una serie de formas que van cambiando insensiblemente, desde una criatura semejante al mono, al hombre como hoy existe, sería imposible fijar un punto definido cualquiera, a partir del cual deba usarse el término hombre. Pero esta es una cuestión de poca importancia».[24]

Naturalmente. Para Darwin era de poca importancia. Pero, ¿puede esto ser de «poca importancia» para un pensador católico? ¿Cómo armonizar esta postura con el relato del Génesis, aun haciendo la más libérrima interpretación «simbólica» del mismo?

¿Y el problema de la Redención?

¿Pueden, un semimono-semihombre, o un casi-todo-mono-un-poquito-hombre, ser *redimidos*?

¿Qué dicen los evolucionistas católicos al respecto?

En realidad no dicen nada. La ignorancia y la superficialidad con que tratan estos temas invitarían a la sonrisa, si no obligaran a la estupefacción.

Lo único que atinan a decir –a coro y escandalizados– es que la idea de un Dios «alfarero» (que forma al hombre a partir del barro), además de evidenciar una absoluta ignorancia científica (!), sería poco menos que una ofensa a Dios.

Pero esta imagen nunca tuvo la intención de describir «científicamente» un hecho, sino de expresar –a través de una metáfora– la *realidad de un misterio* absoluto. Y una metáfora muy hermosa, por cierto, y llena de ternura. Pues el alfarero,

24) Citado por Wilfrid Le Gros Clark, en Un siglo después de Darwin, S.A. Barnett, Alianza ed, 1982, t II, p 106.

que es un artesano –como Jesús– moldea amorosamente su obra con sus propias manos*. A diferencia del Gran Arquitecto Masónico, que no entra en contacto con su obra, sino que sólo hace los planos, esto es, las leyes.

Un Dios así, bien remoto, que no se «entromete» para nada en su obra, sería el único Dios aceptable (...) para los evolucionistas que no son explícitamente ateos.

El caso de Simpson, por ej., quien estaría eventualmente dispuesto (...) a aceptar un «Dios» así, como «incognoscible» Causa Primera, en el caso de que existiera.[25]

Recordemos que para el pensamiento evolucionista, heredero de lo peor del cartesianismo, el universo material es un sistema cerrado de causas y efectos que se explica a sí mismo. Algo así como un reloj que existe y funciona por sí solo.

No alcanzan a darse cuenta que las leyes científicas sólo *describen* el comportamiento de la naturaleza pero que no la *explican*. Que Dios no sólo da el Ser, sino que lo mantiene en la existencia. Segundo a segundo. Que todo *subsiste* en Él. Pues *«en Él vivimos, nos movemos y existimos»*.

Se olvidan, o jamás se enteraron, de que si los milagros son la expresión de la voluntad *extraordinaria* de Dios, las leyes naturales lo son de su voluntad *ordinaria*. Que ni un pájaro ni una hoja caen al suelo si Él no lo dispone.

Que el universo aparece con la Creación y es conservado por la Providencia.

Para ser transfigurado en la Gloria.

*«Tus manos Señor me hicieron y me modelaron», Salmo 118, 73

25) Ref. 16, pp 159 y 217.

¿Perfección y luego pecado, o pecado y por ende perfección?

Hay otro aspecto de la hipótesis evolucionista que entiendo merece un análisis un tanto más crítico, desde el punto de vista intelectual, que el que formulan algunos evolucionistas creyentes, que parecen suponer que con espolvorear la palabra Dios en un escrito, ya todo está «santificado».

Jacques Monod, quien ha sido –a mi juicio– el científico de mayor nivel intelectual con que ha contado el evolucionismo en toda su historia, y que sólo decía disparates cuando su ateísmo lo obligaba a ello, en oportunidad de una entrevista televisiva en la Australian Broadcasting Co. titulada «El Secreto de la Vida» (10 de junio de 1976), expresó lo siguiente:

> «La selección natural es el medio más *ciego* y más *cruel* de desarrollar nuevas especies... La lucha por la existencia y la eliminación de los más débiles, es un proceso *horrible*... Me *sorprende* que un *cristiano* quiera defender la idea de que éste es el proceso que Dios, poco más o menos estableció, para realizar la evolución»[26].

26) Jacques Monod, The secret of life; entrevista televisiva en la Australian Broadcasting Corporation, 10 de Junio de 1976, citado por Duane Gish, en Creation scientist answer their critics, C. L. Publishers, San Diego California, 1993, p 371.

Efectivamente. ¿Podría Dios haber utilizado para la creación de los seres vivos –sus criaturas– un mecanismo que implica muerte, sufrimiento, lucha, destrucción?

¿Acaso no decía San Agustín que *«todo mal, o es pecado, o es consecuencia del pecado»?*

¿Acaso no sostiene el Cristianismo que *la creación fue perfecta en el comienzo* y que la muerte apareció *después*, precisamente como consecuencia del pecado?

Y esto no sólo en referencia al hombre, sino a la creación entera, que «gime y siente dolores de parto».

¿Cómo puede ser que Monod –un ateo– vea esto con tanta claridad, y que muchos pensadores católicos no digan una palabra al respecto?

Por cierto que un teólogo en serio –un verdadero doctor sacro– como el queridísimo e inolvidable padre Castellani, nos explica que la lucha por la existencia, el comer y ser comido, la muerte y el sufrimiento, es la descripción de la naturaleza *actual*; una ley biológica del mundo que conocemos; pero en modo alguno una ley *necesaria* (ontológica) de todo mundo posible.

Ahora, si el dolor y la muerte no existían en el «Edén» y sí existían en «la Tierra circundante», indicados por los abrojos y las espinas, la serpiente y la carnivoría, esto sólo pudo haber sido como consecuencia del pecado de los ángeles.

Por ello Castellani cierra su reflexión sobre el tema, con estas palabras:

> «Cuando Dios creó la natura terrestre, afirma solemnemente que "todas las cosas son buenas".
> Cuando puso a Adán en el Paraíso (cuando lo "sobreelevó"), ya encontramos el mal en la tierra, por lo menos en forma de lucha, dolor y descultivo. Mal que debía reducir Adán munido de sus regios dones. Luego, entre la creación natural y la elevación humana, ha intervenido en el Cosmos, la *caída* de

> una parte de los *seres espirituales* prepuestos por naturaleza al gobierno y propulsión del mundo»[27].

De más está decir, que es justamente sobre estas cosas que se supone debe escribir un teólogo en referencia a este tema, y no dedicarse a hacer acrobacias dialécticas para tratar de «mitigar» el evolucionismo, o a escribir tonterías de manual sobre el tema, para aparecer «moderno» y «científico».

De manera que una cosa es postular la *perfección de la naturaleza originaria*, degradada luego por el pecado –que hace inevitable la lucha por la existencia (con su secuela de muerte y sufrimiento)– y otra, completamente distinta, es postular que esta lucha por la existencia habría sido el método utilizado por Dios, para llevar a cabo la perfección de la creación originaria.

Que esto lo postulen los evolucionistas ateos o agnósticos, me parece completamente lógico.

Que lo haga un católico, me parece completamente incomprensible.

Pareciera ciertamente haber más «religiosidad» –y desde luego muchísimo mayor rigor intelectual– en Monod, que en muchos autores católicos evolucionistas, que al parecer sólo saben decir boberías.

Todo un «signo de los tiempos», como dicen ahora.

Pero hay más, todavía.

Según los evolucionistas católicos, la evolución habría sido el *método* del cual se habría valido Dios para producir la Creación.

Esto supone, obviamente, que Dios y Su designio habrían precedido al proceso evolutivo, el cual sería simplemente un despliegue, una actualización, del *plan de Dios* en la naturaleza.

27) Leonardo Castellani, Conversación y crítica filosófica, Espasa-Calpe Argentina, 1941, p 30.

Reduciendo la cuestión a los términos más sencillos, esto significa que la *Inteligencia* precede a la vida. Y en una forma más amplia, que la *Inteligencia* precede al *Cosmos*.

En otras palabras, que *en el principio fue el Logos*.

Pero esto no sólo está en contradicción con el postulado básico del evolucionismo –el azar– sino que también es negado explícitamente por los autores evolucionistas.

En la concepción evolucionista, la inteligencia aparece *al final* del proceso evolutivo, es decir, con la aparición del hombre. No que aparezca la inteligencia humana –lo cual es obvio– sino la inteligencia a secas, o como ellos prefieren decir, la conciencia. Y esto a nivel cósmico.

De ahí la insistencia, por parte de cualquier autor evolucionista de relieve, de que recién con la aparición del hombre la evolución se hace *consciente*.

Y al hacerse consciente la evolución, esto es, *el hombre* producido por ella, éste se da cuenta de que *está solo* en el universo.

George Gaylord Simpson, dice:

> «Esta interpretación (la evolucionista)... muestra que *no hubo ninguna anticipación* de la llegada del hombre. Él *no responde a ningún plan ni cumple ningún propósito* sobrenatural. Está *solo* en el universo; es un producto único de un largo proceso *material, inconsciente, impersonal*, con singular entendimiento y capacidades. Éstas, a nadie las debe sino a sí mismo, y es ante sí mismo que es responsable.
> No es una criatura de fuerzas incontrolables e indeterminables, sino su propio dueño»[28].

Julián Huxley ha llamado a esto, *«una espléndida aseveración de la visión evolucionista del hombre»*.[29]

28) George Gaylord Simpson, La vida en el pasado, Alianza ed 1967, p 203.
29) Julián Huxley, Scientific American, v 189, (1953), p 189.

Monod, por su parte, expresa que:

> El hombre sabe al fin que *está solo* en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por *azar*. Igual que su *destino*, su *deber* no está escrito en ninguna parte»[30].

Teodosius Dobzhansky, en su reseña del libro de Monod, «El azar y la necesidad», de donde es el párrafo arriba transcripto, dice que:

> «(Monod)... ha expresado con admirable claridad y elocuencia, a menudo rayanas en lo conmovedor, la *filosofía materialista*, mecanicista, compartida por la mayoría del actual *establishment* en las ciencias biológicas»[31].

¿Cómo se puede armonizar esto con la existencia de un Dios creador, que llama al mundo a la existencia, ya sea por creación directa, o (supuestamente) por evolución?

30) Ref. 3, p 190.
31) Teodosius Dobzhansky, Science, v 175 (1972), p 49.

¿Teoría científica o cosmovisión?

Y esto es así, lector, no porque algunos científicos estén «usando» la hipótesis evolucionista para respaldar sus posturas filosóficas materialistas y ateas, sino porque el evolucionismo –al menos en su formulación darwinista (o neodarwinista)– no es una teoría científica (aunque fuese errónea), sino una *cosmovisión* anticreacionista, inmanentista, naturalista y materialista.

Rociarla con agua bendita no cambia su condición.

La verdadera ciencia no tiene una sola palabra que decir, respecto de los *orígenes* de nada: universo, vida, hombre, excepto por la negativa. Es decir, mostrando que la materia –y las leyes que la rigen– no pueden explicar jamás el origen del hombre, la vida o el cosmos.

El empecinamiento de los autores evolucionistas en pretender explicar los *orígenes,* es la demostración más contundente del carácter de pseudociencia de la hipótesis de la evolución.

Como dice acertadamente Gilson:

> «... la noción de evolución, es una noción *filosófica*, introducida en la ciencia desde afuera de ella»[32].

32) Ref. 6, p 206.

La así llamada «teoría de la evolución» es, esencialmente, una *filosofía*, elaborada específicamente para *negar la creación*, y adornada luego con ropaje científico.

Y una filosofía anticreacionista en el sentido amplio de la palabra. Esto es, que niega, no sólo la creación directa o especial del hombre y de todas las especies, sino también una eventual creación «evolutiva», ya que niega categóricamente el *principio de finalidad.*

En última instancia, lo que el evolucionismo niega, es la *intervención* de Dios en la naturaleza.

No sólo la intervención *especial*, sino también la *programación* previa del sistema.

Por ello es que evolucionismo y cristianismo no se pueden armonizar. Porque no se trata de un supuesto conflicto entre la ciencia y la fe (que nunca ha existido ni puede existir), sino de dos *cosmovisiones* contradictorias.

¿Cómo se podría armonizar la Creación con la evolución, cuando ésta es una cosmovisión elaborada específicamente para negar la Creación?

La evolución no es el método que habría utilizado Dios para llevar a cabo la Creación, sino su reemplazo. Es decir su *negación* por *sustitución.*

Desde el punto de vista evolucionista, la idea de Dios queda relegada a la categoría de una hipótesis innecesaria a todos los fines prácticos. Tan lejana que se esfuma por sí misma.

De todas maneras –y a riesgo de ser reiterativo– quiero subrayar que la cuestión fundamental no radica, a mi modesto entender, en el hecho de si Dios creó a los seres vivos *directamente* y en un solo *acto creativo.*

Podría haberlo hecho en una serie de *actos sucesivos* (la postura del gran paleontólogo Cuvier, por ejemplo); o podría haberlo hecho en un solo acto creativo, sólo que algunas especies en *acto* y otras en *potencia* (la postura de San Agustín y San Buenaventura),

y por consiguiente, las sucesivas apariciones de «nuevas» especies (en el caso de que esto hubiese sido así) no serían propiamente nuevas creaciones, sino sólo la *manifestación* de «gérmenes» preexistentes (las «razones seminales» que San Agustín toma de los estoicos); es decir la actualización de las potencias del primer y *único* acto creador, en que todas las cosas recibieron el Ser, y después del cual *nada nuevo se ha añadido a la naturaleza creada.*

Todo esto es opinable.

Es más. Tampoco habría ningún problema en aceptar que la formación de las especies (hombre incluido), no hubiese sido el resultado de un acto creativo (o varios), sino de un *proceso evolutivo.*

Pero un proceso es un conjunto de fenómenos, que se suceden guardando un *orden preestablecido.*

Y si hay un orden, hay una *inteligencia* que dirige el conjunto de dichos fenómenos.

Ahora, si el proceso evolutivo fue dirigido por Dios, entonces estamos, una vez más, hablando de Creación. Una Creación prolongada en el tiempo.

Y repito, ¿qué sentido tiene hablar de tiempo, en referencia a Dios que está fuera del mismo?

También se puede optar por decir que el origen del hombre –y de las demás especies– es un *misterio.* Indescifrable. Inalcanzable. Inabordable.

Pero hay una gran diferencia entre aceptar un *misterio* y propugnar un *absurdo.*

Entre decir, no se sabe (y en principio nunca se sabrá) y entre proponer disparates irracionales y anticientíficos.

En última instancia, el postulado básico del «creacionismo» es que los procesos naturales –tal como los conoce la ciencia hoy– no pueden explicar el origen de las especies, incluido el hombre.

El cientificista podrá decir que algún día se conocerán. El creacionista puede sostener que es imprescindible la hipótesis de un Dios creador.

En ambos casos, se está razonando a partir de lo real y lo fáctico. Es decir, de un sinceramiento respecto de los datos propiamente científicos, lo cual constituye la base imprescindible para una confrontación y un entendimiento honesto y fructífero.

En otras palabras: la alternativa no es entre evolucionismo materialista y evolucionismo «mitigado» (que no existe), ni tampoco entre evolucionistas ateos y creyentes.

La verdadera alternativa es entre el *modelo evolutivo* y el *no evolutivo* (llamado generalmente creacionismo).

Y por eso, los evolucionistas reaccionan con la misma aspereza frente a un creacionista creyente, como frente a un agnóstico que cuestione la evolución. Sí. Incluso frente a un ateo, como fue el caso del famoso astrónomo inglés Fred Hoyle.

Lo que está realmente en juego –al menos desde el punto de la filosofía de la naturaleza– no es primariamente la creación, en el sentido literal del Génesis, sino el *principio de finalidad.*

Que finalidad y azar se excluyen mutuamente ya había sido visto claramente por Aristóteles, al refutar a Empédocles y dar la razón a Anaxágoras («el único que habla como un hombre sobrio entre mareados»). No por nada Empédocles es considerado el primer evolucionista.

Y no me extraña. ¡Con ese nombre!...

Lo que está finalmente en juego

En realidad lector –y esto simplemente a título personal– lo que creo que en última instancia está en juego aquí, no es fundamentalmente la veracidad del Génesis o la realidad de Adán. Estos son sólo objetivos inmediatos. Personalmente creo que lo que verdaderamente está en juego es la veracidad de *toda* la Sagrada Escritura y en última instancia, la realidad del *Nuevo Adán.*

El cuestionamiento al Adán del Edén apunta en realidad al Adán de Belén.

Negar la *historicidad* del primer Adán implica negar la *necesidad* del Segundo.

Porque el concepto de *pecado original* es absolutamente inconcebible, en la visión evolucionista de la vida, según la cual, el hombre «ascendió» –obviamente– desde el nivel del mono. Y si el movimiento espontáneo de la naturaleza es «hacia arriba», ¿cómo introducir en este contexto la noción de la Caída?

H. G. Wells, el famoso novelista científico británico –ferviente darwinista, por cierto–, expresaba:

> «Si todos los animales y el hombre se han desarrollado de esta manera ascendente, luego *no ha habido primeros*

> *padres, ni Edén, ni Caída.* Y si no hubo Caída, todo el edificio del Cristianismo, la historia del primer pecado y la razón de la expiación... colapsan como un castillo de naipes»[33].

Richard Bozart, por su parte, conocido escritor de temas científicos en Estados Unidos, miembro prominente de la Asociación Humanista Americana (entidad formalmente dedicada a propagar el ateísmo sobre todo en el plano cultural), dice:

> «El evolucionismo destruye total y definitivamente la mismísima razón por la cual la vida terrenal de Jesús habría sido supuestamente necesaria.
> *Destruid a Adán y Eva y al pecado original*, y entre los escombros hallaréis los lamentables despojos del hijo de Dios.
> Si Jesús no fue el *redentor* que murió por nuestros pecados –y esto es lo que el evolucionismo significa– entonces el Cristianismo es *nada*»[34].

Como se ve, no se puede pedir más en cuanto a claridad de conceptos y sinceridad de expresión.

En este tema sólo se engaña el que quiere.

Si la evolución es una realidad, entonces el Génesis sólo puede ser una mera fábula (y ni siquiera particularmente bella, acotaría cáusticamente Bernard Shaw).

Y si el Génesis es una fábula, ¿qué pasa con el resto de la Sagrada Escritura?

33) H. G. Wells, Outline of history, Doubleday, N.Y. 1949, p 987.

34) Richard Bozart, American atheist, Septiembre de 1978, p 30, citado por Duane Gish, en Creation scientist answer their critics, Institute for Creation Research, California, 1993, p 30.

Si Dios no pudo intervenir en forma especial en el origen del hombre, ¿por qué habría podido intervenir en forma especial en el resto de la historia humana?

Si Dios no pudo formar al hombre a partir de barro, ¿por qué aceptar que pudo formar vino a partir de agua?

Si Dios no pudo formar a Adán sin necesidad de madre, ¿por qué aceptar que habría podido formar la humanidad de Cristo sin necesidad de padre?

Si Dios tuvo que atenerse a las «leyes científicas» (¡la hipótesis evolucionista!) en el Génesis, ¿por qué habría de quebrantarlas en Palestina?

Es por ello que David Strauss, el famoso fundador de la Alta Crítica Bíblica alemana, escribió lo siguiente:

> «En vano decretamos los filósofos y los teólogos, una y otra vez, el exterminio de los milagros; nuestra ineficaz condena gradualmente desapareció, porque no pudimos prescindir de la acción milagrosa, ni tampoco señalar alguna fuerza natural capaz de suplirla... Darwin ha demostrado esta fuerza, este proceso de la Naturaleza; él ha abierto la puerta a través de la cual una humanidad más feliz, arrojará de sí los milagros, que jamás retornarán.
> Cualquiera que conoce lo que los milagros implican, alabará a Darwin, en consecuencia, como uno de los más grandes benefactores de la humanidad»[35].

Para hacer más explícito el ateísmo que está detrás de la pseudocientífica «teoría de la evolución», recordemos que en el año 1959, durante el gran simposio mundial llevado a cabo en la Universidad de Chicago para conmemorar el centenario de la

35) David Strauss, The old faith and the new, M. Blind, London, 1873, p 205, citado por Gertrude Himmelfarlb, en Darwin and the darwinian revolution, Norton and Co. New York, 1968, p 388.

aparición de «El origen de las especies», y que fue la apoteosis del darwinismo, Julián Huxley (el nieto de Tomás), quien compartía con su abuelo la sinceridad en la expresión, y donde fue el orador principal, sostuvo entre otras cosas lo siguiente:

> «En el sistema evolucionista de pensamiento *no hay ya necesidad o espacio para lo sobrenatural. La Tierra no fue creada; evolucionó.*
> Lo mismo hicieron todos los animales y vegetales que lo habitan, *incluidos nosotros mismos; mente y alma,* al igual que *cerebro y cuerpo.*
> Lo mismo sucedió con la religión.
> El hombre evolucionista no puede ya más refugiarse de su soledad, *arrastrándose* en busca de amparo dentro de los brazos de una *figura paterna divinizada* que él mismo se ha creado»[36].

Nadie, absolutamente nadie entre los presentes, cuestionó estas palabras de Huxley.

¿Es que no había ningún evolucionista «creyente» entre los miles de asistentes al simposio?

36) Ref. 4, p 253.

Evolucionismo y nueva era

El problema es que el hombre es un animal incurablemente religioso, y en una atmósfera crudamente materialista, simplemente no puede sobrevivir. Es necesario entonces proporcionarle un sustituto pseudo-religioso. Alguna forma de «espiritualidad», que sin cuestionar los fundamentos de la cosmovisión materialista le brinde, en cierta forma, la visión de conjunto (*religare*), de totalidad, de sentido, e incluso la práctica de ritos cultuales propios de la religión tradicional.

Por eso, a toda época de materialismo clásico sucede lo que Spengler denominaba «segunda religiosidad». Esto es, una religión vaciada de su contenido sobrenatural.

Una religión atea, claro.

Si usted lector cree ver alguna contradicción en lo que acabo de decir, es porque usted está pensando en el concepto de religión como la hemos conocido. Pero aquí se trata de algo totalmente distinto.

Y el evolucionismo va a ser uno de los pilares de esta nueva religión.

Que la teoría de la evolución está cargada de «religiosidad», ya ha sido señalado por numerosos autores; Edwin Conklin, por ejemplo, que fue profesor de Biología en la Universidad de Princeton, decía que:

«El concepto de la evolución orgánica es altamente apreciado por los biólogos, para muchos de los cuales es un objeto de genuina *devoción religiosa*, porque la pueden considerar como un *principio integrador* supremo.
Esta es probablemente la razón de por qué la *rigurosa crítica* metodológica empleada en otras áreas de la Biología, *no ha sido aplicada todavía en las especulaciones evolucionistas*»[37].

Marjorie Grene, por su parte, conocida filósofa e historiadora de la ciencia de la Universidad de California, sostiene que:

«Es como una *religión* de la ciencia que el Darwinismo cautivó y sigue cautivando las mentes de los hombres... La teoría darwinista devino una *ortodoxia*, predicada por sus adherentes con *fervor religioso* y puesta en duda –según los darwinistas– sólo por unos pocos extraviados, imperfectos en fe científica»[38].

Julián Huxley –que no era un hipocritón como tantos otros y que no tenía pelos en la lengua– nos dice, al respecto, lo siguiente:

«Una religión es esencialmente una actitud ante el mundo como un todo.
Es por eso que *la evolución*, por ejemplo, puede ser un principio tan poderoso para *coordinar las creencias y esperanzas* del hombre, como la *idea de Dios* lo fue en el pasado»[39].

37) Edwin Conklin, Man real and ideal, Scribner, 1943, p 147.
38) Marjorie Grene, Encounter, Noviembre de 1959, p 49.
39) Julián Huxley y Jacob Bronowsky, Growth of ideas, Prentice Hall Inc. 1986, p 99.

Y también:

> «... la visión evolucionista nos está capacitando para discernir los lineamientos de una *nueva religión* que, podemos estar seguros, surgirá para servir a las necesidades de la era que se avecina»[40].

Y otra:

> «La unificación de las tradiciones en una sola "combinación" (*pool*) de experiencia, conciencia y propósito, es el prerrequisito necesario para promover mayores progresos en la evolución humana.
> Por consiguiente, aunque la unificación política en alguna forma de *gobierno mundial* sea requerido para el logro definitivo de esta meta, la *unificación en las cosas de la mente* no sólo es también necesaria, sino que puede allanar el camino para otros tipos de unificación»[41].

¡Dios nos libre y guarde!

Pero así viene la mano. Por eso que estas cosas, que fueron escritas hace más de 50 años, recién comenzaron a ser publicadas en la década del ochenta, para evitar la resistencia que hubieran podido provocar todavía en los cincuenta. Pero estas fueron las consignas que dio Huxley para los planes educativos de la UNESCO de la cual fue su primer director general.

40) Ref. 4, p 260.

41) Julián Huxley, A new world vision, The Humanist, v 39, Marzo de 1979, p 35. (Este artículo fue mantenido en **secreto** por la UNESCO, durante aproximadamente 30 años, antes de que The Humanist, fuera autorizado a publicarlo).

Reflexiones finales

En fin, estimado lector, ya va siendo hora de meter violín en bolsa y cerrar estas reflexiones, en las que usted verá cuán posible es un evolucionismo «mitigado», en el contexto de la hipótesis darwinista, y su eventual armonización con una visión cristiana de la cuestión.

Es francamente lamentable que muchos pensadores católicos se extasíen con la hipótesis evolucionista, en un estilo que recuerda más a una criatura en Disneylandia, que al rigor intelectual que debe caracterizar a un estudioso.

Doblemente lamentable, en momentos en que el darwinismo se derrumba inexorablemente en todas partes, al no poder enfrentar ya la montaña de objeciones científicas que se han acumulado en los últimos 50 años, y que por ello debe recurrir a la *supresión del debate* y a la *imposición* forzosa de sus dogmas en los *planes de estudio,* para poder sobrevivir.

En su afán por aparecer «modernos» y «científicos», muchos católicos evolucionistas no alcanzan a darse cuenta que están defendiendo una hipótesis *pseudocientífica* y una *cosmovisión* típica del *siglo XIX.*

Porque el evolucionismo darwinista es, en esencia, la cosmovisión de la Inglaterra *manchesteriana*; la cosmovisión liberal

del *progreso indefinido* y del *capitalismo salvaje* en expansión. Y del *marxismo* también, por cierto, que no es sino su heredero.

Más aún. Una cosmovisión que pretende erigirse en la base de una nueva «religión». *La religión del humanismo*. La religión de la *globalización* y del *gobierno mundial*. La religión de la esclavización planetaria.

Es por ello que hay que enfrentar toda esta patraña con la máxima decisión.

Y el enfrentamiento comienza –como siempre– con el *esclarecimiento de las mentes*.

Por cierto que nada podemos esperar de los Ministerios de (Mala) Educación.

Ellos están para cumplir las órdenes de los poderes mundialistas, de los cuales son fieles servidores.

Tampoco debemos esperar mucho de los «científicos», en general, pues ellos son también sirvientes, conscientes o no, del *establishment* científico, que jamás toleraría a nadie que cuestionase al darwinismo, lo cual representaría la muerte académica del científico que osara cuestionarla.

Además, estos científicos no son sabios en el sentido clásico de la palabra. Muchos de ellos sólo son tecnócratas obtusos y de mentalidad estrecha, cuando no simplemente estúpidos, como decía James Watson[42].

De ellos no se puede esperar ninguna luz.

No. Nuestra única esperanza es la *gente común*. La que no está en la búsqueda de honores o triunfos académicos o científicos. La que no tiene nada que perder, si su postura está en desacuerdo con lo consagrado por ilustres sofistas como Carl Sagan o los divulgadores de la National Geographic.

42) James Watson, La doble hélice, Plaza y Janés, 1970, p 30.

A ellos hay que recurrir.

Estamos otra vez en el siglo IV antes de Cristo: los enemigos son los *sofistas*.

Estamos otra vez en el siglo I de nuestra era: los enemigos son los *«doctores de la ley»*.

Los pescadores y campesinos derrotarán, una vez más, a la caterva de «pseudodoctores» que pretenden demostrar que somos poco más que unos animales mostrencos, originados por los accidentes fortuitos de la evolución, sin propósito y sin designio, clausurados a toda apertura hacia lo trascendente y destinados simplemente a sobrevivir, gracias a una lucha despiadada con nuestros semejantes, para alcanzar el glorioso destino de la satisfacción animal de los elementales instintos por el sexo y la pitanza.

Raúl Leguizamón
Guadalajara, México, febrero de 2006.

Anexo

Descubrir el diseño en la naturaleza

Artículo del cardenal Christoph Schönborn sobre el tema de la finalidad en la naturaleza, publicado en el *New York Times* del 7 de julio del 2005.

«Desde 1996, cuando el papa Juan Pablo II dijo que la evolución (término que no definió) era *"algo más que una hipótesis"*, los defensores del dogma neodarwinista han invocado a menudo la supuesta aceptación –o al menos aquiescencia– por parte de la Iglesia Católica Romana, cuando sostienen que su teoría es de alguna manera compatible con la fe cristiana.

Pero esto no es cierto. La Iglesia Católica, aun cuando deja en manos de la ciencia muchos detalles acerca de la historia de la vida sobre la tierra, proclama que, con la luz de la razón, el intelecto humano puede claramente discernir un propósito y un diseño en el mundo natural, incluyendo el mundo de los seres vivos.

La evolución, en el sentido de ascendencia común, podría ser cierta, pero la evolución en el sentido neodarwinista –es decir, un proceso no guiado ni planificado, de variaciones al azar y selección natural— no lo es. Cualquier sistema de pensamiento que niegue o que busque otras explicaciones distintas de la

abrumadora evidencia del diseño en biología, es ideología y no ciencia.

Consideremos la verdadera enseñanza de nuestro amado Juan Pablo.

Mientras que siempre y en todas partes se cita su imprecisa e intrascendente carta de 1996 acerca de la evolución, no vemos a nadie discutir los siguientes comentarios, realizados en una audiencia general de 1985, que representan sus enseñanzas sólidas sobre la naturaleza:

"Todas las observaciones concernientes al desarrollo de la vida conducen a la misma conclusión. La evolución de los seres vivos, de la cual la ciencia busca determinar los estadios y discernir el mecanismo, presenta una finalidad interna que despierta admiración. Esta finalidad, que dirige a los seres en una dirección de la cual ellos no son los responsables ni los encargados, obliga a suponer una Mente que es su inventora y creadora".

Y continúa: *"A todas estas indicaciones de la existencia de Dios Creador, algunos oponen el poder del azar o de los mecanismos propios de la materia. Hablar de azar en un universo que presenta tal compleja organización en sus elementos y tal maravillosa finalidad en su vida, sería equivalente a abandonar la búsqueda de una explicación del mundo como este aparece ante nosotros. De hecho, sería equivalente a admitir efectos sin una causa. Sería renunciar a la inteligencia humana, que rehusaría así a pensar y buscar soluciones para sus problemas".*

Nótese que en esta cita la palabra "finalidad" es un término filosófico, sinónimo de causa final, propósito o diseño.

En comentarios realizados un año más tarde, en otra audiencia general, Juan Pablo concluía: *"Está claro que la verdad de la fe acerca de la creación es radicalmente opuesta a las teorías de la filosofía materialista. Éstas consideran al cosmos como el resultado de una evolución de la materia, reducible al puro azar y la necesidad".*

Naturalmente, el catecismo autorizado de la Iglesia Católica concuerda: *"La inteligencia humana es ciertamente capaz, de suyo, de*

encontrar una respuesta a la cuestión de los orígenes. La existencia de Dios como Creador puede conocerse con certeza a partir de sus obras, por la luz de la razón humana". Y agrega: *"Creemos que Dios creó al mundo según su sabiduría. Este no es el producto de ninguna necesidad de ningún tipo, ni tampoco del azar o de un destino ciego".*

En un lamentable nuevo giro sobre esta vieja controversia, los neodarwinistas han tratado recientemente de presentar a nuestro nuevo papa, Benedicto XVI, como un evolucionista convencido.

Han citado una frase acerca de la ascendencia común, de un documento del 2004, de la Comisión Teológica Internacional, señalando que Benedicto era en ese entonces el presidente de la comisión y concluían que la Iglesia Católica no tiene problemas con el concepto de "evolución" tal como lo emplean la mayoría de los biólogos, esto es, como sinónimo de neodarwinismo.

El documento de la comisión, sin embargo, reafirma la enseñanza perenne de la Iglesia acerca de la realidad del diseño en la naturaleza. Comentando sobre el mal uso generalizado de la carta sobre la evolución de Juan Pablo, de 1996, la comisión advierte que *"la carta no puede interpretarse como una aprobación indiscriminada de todas las teorías de la evolución, incluyendo aquellas de procedencia neodarwinista, las cuales niegan explícitamente a la Divina Providencia cualquier papel verdaderamente causal en el desarrollo de la vida en el universo".*

Además, según la comisión, *"Un proceso evolucionista no dirigido —que quede afuera de los límites de la Divina Providencia— simplemente no puede existir".*

Por cierto, en la homilía de su asunción, hace apenas unas semanas, Benedicto proclamó: *"No somos un producto casual de un proceso evolutivo carente de sentido. Cada uno de nosotros es el resultado de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno de nosotros es amado, cada uno de nosotros es necesario".*

A través de la historia, la Iglesia siempre ha defendido las verdades de la fe dadas por Jesucristo.

Pero en la era moderna, la Iglesia también está en la singular posición de mantenerse firme en la defensa de la razón.

En el siglo XIX, el Primer Concilio Vaticano le enseñó, a un mundo recién dominado por "la muerte de Dios", que por el uso únicamente de la razón, la humanidad podía llegar a conocer la realidad de la Causa Primera, del Primer Motor, del Dios de los filósofos.

Ahora, en el comienzo del siglo XXI, enfrentada con proposiciones científicas como el neodarwinismo y la hipótesis de los universos múltiples en cosmología, inventadas para evitar la abrumadora evidencia de propósito y diseño que se encuentran en la ciencia moderna, la Iglesia Católica defenderá nuevamente la razón humana, proclamando que el diseño inmanente, evidente en la naturaleza, es real.

Las teorías científicas que tratan de explicar la apariencia del diseño como el resultado del "azar y la necesidad", no son científicas en absoluto, sino, como Juan Pablo II lo afirmó, una abdicación de la inteligencia humana».

Christoph Schönborn, cardenal de la Iglesia Católica Romana y Arzobispo de Viena, fue el editor en jefe del catecismo oficial de 1992, de la Iglesia Católica.

Traducción: Raúl Leguizamón

Esta obra se imprimió en diciembre de 2012
en el centro de impresión de la
editorial folia universitaria
Avenida Patria número 1201
Zapopan, Jalisco, México.